DESPERTAR
EN LOS
HAMPTONS
Martha Reagan

DESPERTAR EN LOS HAMPTONS

Martha Reagan

DESPERTAR EN LOS HAMPTONS

Martha Reagan

-1-

El crujido de la grava bajo los neumáticos del todoterreno rasgó el silencio opresivo que envolvía la inmensa finca. Harper Delaney apagó el motor y se quedó varios segundos en el interior del vehículo, con las manos aferradas al volante y el cuero húmedo bajo sus palmas sudorosas. Al otro lado del parabrisas se alzaba la mansión de los Vance en los Hamptons. Era una estructura monstruosa e intimidante, una mole de cristal brillante, acero oscuro y madera de cedro que parecía dispuesta a engullir la costa atlántica.

Harper soltó un suspiro tembloroso. A sus veintiséis años, habiendo nacido en el seno de una familia trabajadora de los suburbios de Chicago, todavía era incapaz de normalizar la obscena escala de riqueza que manejaba la familia de su prometido. Había conseguido entrar en la prestigiosa Universidad de Yale gracias a una beca completa para estudiar Literatura , pero todo su esfuerzo académico no lograba silenciar el constante y punzante "síndrome de la impostora" que le martilleaba el cerebro cada vez que interactuaba con la élite a la que ahora, por su compromiso, pertenecía.

Julian Vance, el hombre con el que iba a casarse en exactamente siete días, se había quedado en Londres por cuestiones laborales. A sus veintiocho años, Julian era un ejecutivo en un fondo de inversión y la personificación del "chico de oro" americano: físicamente atractivo, carismático y blindado por una seguridad en sí mismo que rozaba la ceguera. Él la quería, de eso Harper no dudaba, pero lo hacía de la misma forma en que se aprecia una posesión muy valiosa; tener a Harper a su lado le otorgaba a su vida privilegiada un toque exótico de "autenticidad". Estaba demasiado absorto en su

propio ego y en escalar posiciones en su carrera como para detenerse a notar los matices emocionales o las grietas en las mujeres que formaban parte de su vida.

Por su parte, Harper se miraba al espejo cada mañana convenciéndose de que tenía la vida resuelta y perfecta. Sin embargo, bajo esa fachada de éxito prematuro, su férrea necesidad de mantener el control y asegurar su futuro económico estaba asfixiando lenta y cruelmente su verdadera naturaleza, mucho más pasional y creativa.

Salió del coche, sacó su modesta maleta de lona del maletero y caminó por el sendero de losas de piedra. Antes de que sus nudillos pudieran rozar la madera de roble de la entrada principal, la puerta se abrió hacia dentro.

—Llegas tarde —fue el saludo seco que recibió.

Eleanor Vance, la tía de Julian y hermana del difunto marido de Victoria, bloqueaba el inmenso vestíbulo con su postura dolorosamente recta. Vestía un conjunto de lino color hueso inmaculado. Eleanor era una mujer estirada, profundamente clasista y padecía una obsesión clínica por mantener las apariencias frente a su círculo social. Su presencia en la casa durante esta semana de preparativos previos a la boda solo lograba multiplicar la sensación de asfixia que ya oprimía el pecho de Harper.

—Había un accidente en la autopista al salir de Manhattan, Eleanor. Lo siento —respondió Harper.

—Las excusas son para la gente que no sabe gestionar su tiempo, querida —replicó la mujer mayor, dándose la vuelta y echando a andar hacia el salón principal, dando por sentado que Harper la seguiría—. Deja el equipaje en la alfombra, ya avisaré a alguien del servicio para que lo suba a tu cuarto. Tenemos que revisar la lista de invitados. Otra vez. La caligrafía de las tarjetas que eligió tu familia no encaja en absoluto con la mantelería. Es un desastre visual.

El comentario aterrizó como una gota de ácido. Eleanor nunca desaprovechaba la oportunidad para recordarle de forma sutil y

venenosa que ella no pertenecía a su mundo elitista. Harper apretó la mandíbula, sintiendo el sabor metálico de la contención en la lengua, y siguió a la tía de su prometido hacia las entrañas de la casa.

Durante las siguientes tres horas, Harper fue sometida a un monólogo extenuante sobre detalles frívolos y minúsculos de la ceremonia. Eleanor criticaba la temperatura a la que debían servirse las ostras, la textura de los cojines para las sillas del jardín y, sobre todo, la distribución de las mesas, asegurándose de relegar a los padres de Harper a una zona donde no "desentonaran" con los inversores de Silicon Valley.

Harper se limitó a asentir mecánicamente. El dolor de cabeza se instaló en sus sienes, latiendo al compás de sus propias dudas. Observaba los ventanales colosales del salón que daban directamente al océano gris y revuelto. El cristal grueso no solo bloqueaba el viento salado del Atlántico, sino que la aislaba del mundo exterior.

—Voy a instalarme en mi habitación y a darme una ducha —dijo finalmente Harper, poniéndose en pie e interrumpiendo a Eleanor a mitad de una queja sobre el violonchelista.

—No tardes demasiado. Victoria llegará esta tarde y querrá comprobar que todo esté bajo control.

Harper subió las escaleras de madera flotante, huyendo de la voz aguda de Eleanor. Se encerró en la inmensa suite de invitados, un espacio desprovisto de calor humano, decorado en tonos crudos y grises. Se sentó en el borde del colchón y se frotó el rostro con ambas manos. El peso del anillo de compromiso de diamantes en su dedo anular le pareció de pronto insoportable.

Fue varias horas más tarde, cuando el sol comenzaba a esconderse tras las nubes espesas de la costa, cuando escuchó el ruido. El sonido rítmico, afilado e inconfundible de unos tacones golpeando la madera del pasillo de la planta baja. Una cadencia firme y autoritaria.

Victoria Vance había llegado.

Con cincuenta y nueve años, Victoria era una fuerza magnética e intimidante. Viuda desde hacía una década, era la fundadora absoluta y actual CEO de *Vance Dynamics*, una empresa pionera y gigante en el sector de la ciberseguridad nacida en Silicon Valley, pero que ahora dirigía con mano de hierro desde Nueva York. Cuando Harper bajó las escaleras y caminó hacia el despacho principal, se detuvo en el umbral, con la respiración entrecortada.

Victoria estaba de pie frente a la gran mesa de caoba, revisando unos documentos bajo la luz blanca de un flexo. Su presencia llenaba la habitación. Vestía con una elegancia minimalista y cortante: un pantalón de sastre negro de caída perfecta y una blusa de seda color carbón que acentuaba su postura erguida. Tras la muerte de su esposo, Victoria había sellado su corazón a cal y canto, canalizando cada gramo de su energía en acumular poder y cultivar su intelecto. Sin embargo, toda esa frialdad exterior no era más que una armadura forjada a medida; debajo de ese hielo latía una mujer dominante, sumamente intensa y hambrienta de una conexión genuina, algo que su frívolo círculo de millonarios y ejecutivos jamás podría proporcionarle.

—Pasa, Harper. Y cierra la puerta.

La voz de Victoria fue grave, carente de cualquier inflexión de bienvenida. No era una sugerencia, era una orden directa.

Harper obedeció, sintiendo que el aire dentro del despacho perdía oxígeno al encajar el pestillo.

—Hola, Victoria. ¿Qué tal el viaje desde la ciudad?

Victoria levantó la vista lentamente. Sus ojos, oscuros y analíticos, diseccionaron a la joven en una fracción de segundo. Era su primer encuentro a solas desde que Harper había pisado la mansión.

—Siéntate —ignoró la pregunta por completo—. Tenemos que revisar las modificaciones del acuerdo prenupcial.

Harper frunció el ceño y se quedó de pie frente al escritorio, cruzándose de brazos a la defensiva.

—¿Modificaciones? El acuerdo ya está redactado y firmado por ambas partes. Mis abogados lo enviaron la semana pasada.

Victoria soltó los papeles sobre la mesa y se apoyó en el borde de la madera, cruzando los tobillos. Sus movimientos eran pausados y calculados.

—El acuerdo base está firmado, sí. Pero mi equipo jurídico ha incluido un anexo. Ciertas cláusulas de confidencialidad y renuncia expresa respecto al paquete de acciones de *Vance Dynamics* que Julian heredará en caso de que mi salud... falle —dijo Victoria. Su tono era frío, cortante, reduciendo el futuro matrimonio a una mera y aséptica transacción corporativa.

—Victoria, no me interesa tu empresa —respondió Harper, sintiendo cómo el calor de la indignación le subía por el cuello—. Me dedico a la edición de libros, no a la seguridad informática. Ya renuncié a cualquier reclamo financiero sobre los bienes previos de Julian.

—Lo que yo sé de ti, Harper —Victoria se inclinó ligeramente hacia delante, acortando la distancia física entre ambas—, es que eres una chica lista de los suburbios que ha sabido leer el mapa y escalar muy rápido hasta llegar aquí. Mi única prioridad es proteger el legado de esta familia frente a cualquier variable imprevista. Léelo. Fírmalo. No hay margen para el debate.

El silencio que siguió a sus palabras fue ensordecedor. Harper sentía un nudo denso y ardiente en la garganta. La hostilidad sin filtros de Victoria la desarmaba por completo. Allí estaba, a una semana de casarse, siendo tratada no como una futura nuera, sino como una amenaza externa que debía ser neutralizada mediante contratos legales.

Miró la carpeta de cuero negro que Victoria empujaba hacia ella por encima de la mesa. Se sentía repentinamente diminuta, atrapada entre las paredes de la mansión y bajo el peso aplastante de la familia Vance.

Levantó la barbilla, negándose a mostrarse débil, y clavó sus ojos en los de su suegra. Esperaba encontrar repulsión o simple desprecio corporativo. Pero lo que halló en la mirada oscura de la mujer mayor la descolocó por completo. Tras la gruesa pared de hielo, Victoria la estaba observando con una intensidad depredadora y febril, evaluando no solo su nivel de sumisión, sino buscando algo mucho más profundo. El bolígrafo de plata maciza que Victoria le tendía quedó suspendido en el aire, temblando levemente bajo la luz artificial del despacho.

-2-

El choque del tenedor de plata contra la porcelana resonó en el amplio comedor como un disparo ahogado. Harper masticaba un trozo de espárrago asado que le sabía a cartón húmedo, obligándose a tragar para no parecer descortés. Al otro lado de la inmensa mesa de caoba, de casi cuatro metros de largo, la tía Eleanor diseccionaba su porción de lenguado con la precisión de un cirujano mientras enumeraba, por tercera vez en la noche, los fallos imperdonables en la organización floral.

Victoria, sentada a la cabecera, guardaba un silencio sepulcral. No había tocado su copa de vino ni apenas su comida. Su postura era rígida, imponente, y sus ojos oscuros permanecían fijos en un punto indeterminado de la pared, aunque Harper sentía el peso de esa mirada como una amenaza constante desde el incidente con el acuerdo prenupcial horas atrás.

El ambiente en la habitación estaba viciado, denso. A través de los enormes ventanales del salón contiguo, el cielo de los Hamptons había adquirido un tono púrpura enfermizo. La presión atmosférica había caído en picado a lo largo de la tarde, y el aire acondicionado, ajustado a unos gélidos dieciocho grados centígrados, no lograba disipar la sensación de bochorno que anticipaba el desastre meteorológico.

—Y por supuesto, el color de las peonías es un absoluto despropósito —continuaba Eleanor, limpiándose las comisuras de los labios con una servilleta de lino—. Julian detesta el rosa pálido. Le da un aspecto... provinciano a la recepción. ¿No crees, Harper?

Harper parpadeó, sacudida de su letargo.

—Yo... las elegimos juntos, Eleanor. A Julian le parecieron adecuadas para el centro de mesa.

—Juntos —repitió Victoria desde la cabecera. Fue la primera vez que habló en toda la cena. Su voz, un murmullo grave y rasposo, cortó la cháchara de Eleanor al instante—. Qué concepto tan fascinante. La ilusión de la toma de decisiones compartida.

Harper apretó las manos sobre su regazo hasta que los nudillos se le quedaron blancos. Quería responder, quería defenderse, pero la garganta se le había cerrado. Victoria ni siquiera la miraba; se limitó a hacer una seña imperceptible a uno de los empleados del servicio para que retirara su plato intacto.

La velada terminó poco después. Harper se excusó alegando migraña y huyó hacia la planta superior. Al entrar en su dormitorio, la opresión en su pecho no disminuyó. La habitación era gigantesca, de al menos sesenta metros cuadrados, decorada en una paleta de blancos rotos y grises que la hacía parecer la suite de un hospital de lujo. Se quitó el vestido ajustado que Eleanor le había sugerido "amablemente" que usara para la cena, y se enfundó en un viejo pantalón de pijama de algodón gastado y una camiseta de tirantes.

Caminó de un lado a otro sobre la gruesa alfombra persa. Se detuvo frente al ventanal justo en el instante en que el primer relámpago rasgó el horizonte marino. Un segundo después, el trueno hizo vibrar los cristales. La tormenta había llegado.

La lluvia comenzó a golpear el vidrio con una violencia inusitada, como si alguien arrojara puñados de grava contra la mansión. Harper se abrazó a sí misma, observando cómo las olas, negras y furiosas, se estrellaban contra el malecón privado de la finca. La naturaleza parecía tan fuera de control como su propia vida en ese momento.

Entonces, ocurrió. Con un chasquido sordo que resonó en las entrañas de la casa, la luz artificial desapareció.

El silencio que siguió al corte de suministro duró apenas un microsegundo, rápidamente devorado por el rugido amplificado del

viento y la lluvia. Harper se quedó inmóvil en el centro de la habitación, rodeada por una negrura impenetrable. Parpadeó varias veces, intentando que sus pupilas se adaptaran a la falta de luz, pero solo conseguía distinguir las sombras deformes de los muebles recortadas por los esporádicos relámpagos.

El aire acondicionado se detuvo, y en cuestión de minutos, la temperatura de la habitación comenzó a subir. Sintió la garganta reseca, áspera. Necesitaba agua. Necesitaba moverse para que la ansiedad no terminara de asfixiarla.

A tientas, abrió la puerta del dormitorio y salió al pasillo. Sin electricidad, Harper bajó a la cocina. Caminó despacio, con las plantas de los pies desnudos absorbiendo el frío de la madera de roble, guiándose por el tacto de la pared empapelada. El descenso por la escalera principal fue una maniobra calculada, aferrándose a la barandilla de hierro forjado mientras los truenos ahogaban el sonido de su propia respiración irregular.

Al llegar a la planta baja, notó un olor distinto en el aire. Además del inconfundible aroma a ozono y tierra mojada que se filtraba desde el exterior, había un rastro cálido, amaderado. Sándalo.

Dobló la esquina hacia la inmensa cocina de estilo industrial. No estaba completamente a oscuras. Una luz trémula, de un naranja cálido y denso, proyectaba sombras alargadas sobre los electrodomésticos de acero inoxidable y los armarios de nogal. Sobre la enorme isla central de mármol blanco reposaba una vela gruesa. Y junto a ella, encontró a Victoria bebiendo whisky.

La matriarca de los Vance llevaba una bata de seda negra, atada holgadamente a la cintura, que dejaba entrever la línea de su clavícula. Su cabello oscuro, habitualmente peinado hacia atrás con una severidad impecable, caía en ligeras ondas desordenadas sobre sus hombros. Sostenía un vaso corto de cristal tallado; el hielo en su interior tintineó levemente cuando se llevó el licor a los labios.

Harper se quedó petrificada en el umbral, debatiéndose entre dar un paso atrás y huir hacia la seguridad de las sombras, o avanzar.

—Pensé que el generador de emergencia entraría en funcionamiento de inmediato —dijo Harper, odiando lo aguda y temblorosa que sonaba su propia voz.

Victoria no se sobresaltó. Giró la cabeza lentamente, evaluando la figura desaliñada de su nuera desde la puerta. En ese entorno, lejos de la mirada escrutadora de Eleanor y de la sociedad, la postura de Victoria había perdido la rigidez corporativa. Parecía más relajada, pero de una manera felina, expectante.

—El sistema automático tiene un fallo en la placa base. Marcus debía haber enviado a un técnico la semana pasada, pero supongo que estaba demasiado ocupado cuadrando las cuentas de mi hijo —respondió Victoria. Su tono era bajo, casi confidencial. Hizo un gesto hacia el taburete vacío frente a ella—. Siéntate. Pareces a punto de desmayarte.

Harper avanzó con pasos cortos, arrastrando ligeramente los pies. Se subió al taburete de cuero, sintiéndose vulnerable bajo la escasa iluminación. Victoria empujó un vaso limpio hacia ella a través del mármol y vertió una medida generosa del líquido ámbar.

—No bebo mucho, gracias —murmuró Harper, mirando el vaso como si contuviera veneno.

—Bébelo. Te ayudará con ese temblor en las manos —ordenó Victoria suavemente.

Harper obedeció a medias. Agarró el cristal frío, sintiendo cómo el leve roce de los dedos de Victoria contra sus nudillos enviaba una descarga eléctrica directa a su espina dorsal. Dio un sorbo minúsculo. El alcohol le quemó la garganta y encendió un rastro de fuego hasta el estómago.

El sonido de la tormenta golpeando las cristaleras del salón cercano llenó el silencio. El rostro de Victoria, iluminado desde abajo por la llama de la vela, poseía una belleza dura, angulosa, marcada por la experiencia y una inteligencia incisiva que no pedía disculpas a nadie.

El silencio en la cocina se hizo denso, casi palpable, hasta que Victoria decidió romperlo con una precisión letal.

—Dime, Harper... —comenzó Victoria, haciendo girar el líquido en su propio vaso—. ¿Cuándo planeabas decirme que te aterroriza la idea de caminar hacia el altar la próxima semana?

La pregunta fue directa a la yugular. Harper casi se atraganta con el whisky. Dejó el vaso sobre el mármol con un golpe seco.

—Yo no... no sé de qué me estás hablando. Estoy estresada por los preparativos, eso es todo. Es normal. Todo el mundo se estresa antes de su boda.

Victoria soltó una risa seca, carente de humor. Fue un sonido gutural que hizo que Harper se encogiera.

—Por favor, no me insultes con respuestas de manual. Te he estado observando desde que cruzaste esa puerta. He visto cómo miras la casa, cómo miras a Eleanor... cómo miras el anillo que llevas puesto —Victoria señaló con un ligero movimiento de cabeza la mano izquierda de Harper—. Lo tocas constantemente. Como si comprobaras que las esposas siguen bien cerradas.

—No son esposas. Es un compromiso. Amo a Julian.

—¿Lo amas? —Victoria se inclinó ligeramente hacia delante sobre la isla de mármol. El olor a sándalo y a licor de malta envolvió a Harper por completo—. ¿Amas a un hombre que lleva tres días en Londres ignorando tus llamadas? ¿A un chico que te utiliza como una credencial de normalidad para sus amigos de los fondos de inversión?

—Él... nosotros tenemos un proyecto en común —balbuceó Harper, odiando la forma en que tartamudeaba y tropezaba con las palabras, mostrando su fragilidad —. Me apoyó cuando estaba en Yale. Cuando nadie más lo hacía.

La mirada de Victoria se oscureció. Con un tono que oscilaba peligrosamente entre la fascinación pura y una crueldad calculada, comenzó a hacer pedazos la fachada de la joven.

—Te ofreció una salida, Harper. No confundas la gratitud con la pasión. Eres una chica brillante de un barrio periférico que aterrizó en una universidad de élite rodeada de depredadores con cuentas fiduciarias. Estabas aterrada. Julian era seguro. Era cómodo. Te proporcionó un salvavidas cuando sentías que las deudas estudiantiles y la presión te iban a ahogar.

—Te equivocas... —susurró Harper, negando con la cabeza. Sintió que las lágrimas amenazaban con acumularse en sus ojos, pero parpadeó con fuerza para reprimirlas.

—No, no me equivoco —la voz de Victoria era ahora un susurro áspero y penetrante—. Has estado fingiendo durante tanto tiempo que te has creído tu propia mentira. Estás a punto de atarte a una vida mediocre, vacía de cualquier estimulo real. Tienes pánico a caer, a volver al lugar de donde saliste, y estás dispuesta a sacrificar tu intelecto y tu fuego interno por un sofá de diseño y una cuenta bancaria blindada.

Las palabras golpearon a Harper con la precisión de un bisturí. El dolor en su pecho era físico, agudo, porque sabía que cada sílaba que salía de la boca de aquella mujer era la más absoluta y cruda verdad. El monólogo interno de Harper colapsó; todas las justificaciones que se había repetido a lo largo de los últimos dos años se hicieron pedazos sobre el mármol de la cocina.

Victoria alargó la mano lentamente a través de la superficie de la isla. Sus dedos, largos y fríos, se cerraron sobre la muñeca izquierda de Harper. El contacto fue tan repentino y firme que Harper dejó escapar un pequeño jadeo.

—Eres demasiado inteligente para jugar a ser el trofeo de nadie —continuó Victoria, bajando la voz aún más, obligando a Harper a inclinarse hacia ella para escucharla—. Estás apagando tu propia luz para no deslumbrar a mi hijo. Y lo peor de todo es que él ni siquiera se da cuenta. No sabe quién eres realmente. No sabe de lo que eres capaz.

El pulgar de Victoria comenzó a trazar círculos lentos y metódicos sobre la piel sensible del interior de la muñeca de Harper, justo sobre el pulso desbocado. La respiración de Harper se volvió superficial, errática. El calor de la piel de Victoria contrastaba brutalmente con el ambiente fresco de la cocina.

El espacio físico entre ellas parecía haber desaparecido. Harper observó la línea de la mandíbula de Victoria, la curva de sus labios humedecidos por el whisky, y sintió una oleada de calor líquido que le nació en el bajo vientre y se extendió por cada nervio de su cuerpo. El aire era denso, pesado, cargado de una electricidad que no tenía nada que ver con la tormenta que asolaba la finca exterior.

Por una fracción de segundo, Harper pensó en inclinarse hacia delante. En cruzar los escasos centímetros que separaban sus rostros y descubrir a qué sabía la piel del cuello de Victoria. El impulso fue tan violento y primitivo que la aterrorizó profundamente.

Rompió el contacto con brusquedad, apartando la mano como si la hubiera metido en las brasas. El taburete chirrió dolorosamente contra el suelo de piedra cuando Harper se puso en pie de un salto, desequilibrándose ligeramente.

—Tengo... tengo que volver a mi habitación —articuló torpemente. Sus palabras sonaron ahogadas, carentes de convicción.

Victoria no hizo ningún ademán de detenerla. Se reclinó en su asiento, retirando la mano hacia su regazo, y la observó con una expresión indescifrable, una mezcla de triunfo velado y una extraña y pesada melancolía.

—Buenas noches, Harper. Intenta descansar. Mañana hay que elegir los centros de mesa.

Harper dio media vuelta y prácticamente corrió hacia el pasillo oscuro. Tropezó con el primer escalón de madera, pero no redujo la velocidad. Subió las escaleras a ciegas, guiada por la pura necesidad de escapar de la gravedad que ejercía el centro de la casa.

Cuando finalmente alcanzó su dormitorio, empujó la puerta de madera maciza, entró y la cerró a sus espaldas con fuerza, apoyando la espalda contra la madera. La tormenta seguía rugiendo afuera, pero el sonido parecía distante, ahogado por el latido ensordecedor de su propio corazón golpeándole los tímpanos.

Harper se deslizó por la puerta hasta quedar sentada en el suelo, abrazando sus rodillas contra el pecho. Llevó las manos temblorosas hacia su rostro, presionando las palmas contra sus mejillas ardiendo. Cerró los ojos con fuerza, incapaz de controlar el espasmo de sus músculos. El rastro del pulgar de Victoria sobre su muñeca seguía latiendo, quemando la piel con una promesa silenciosa y devastadora que amenazaba con reducir a cenizas todo su mundo.

-3-

La luz cruda y blanquecina de la mañana se filtró por las rendijas de las cortinas opacas, apuñalando las retinas de Harper. Abrió los ojos despacio, sintiendo los párpados pesados, arenosos, como si hubiera pasado la noche en vela frotándolos con papel de lija. El temporal nocturno había amainado, dejando a su paso un cielo plomizo y un silencio tenso, el equivalente meteorológico a una respiración contenida. La finca entera parecía sumida en el ojo del huracán, una calma engañosa antes de que los vientos volvieran a azotar con el doble de violencia.

Harper rodó sobre el inmenso colchón de plumas. Los músculos de su espalda estaban rígidos, anudados por la tensión de las últimas horas. Al llevarse la mano izquierda al rostro para apartar un mechón de pelo húmedo por el sudor, la yema de sus dedos rozó la piel de su propia muñeca. El contacto la hizo detenerse en seco. Cerró los ojos con fuerza. Todavía podía sentirlo. El fantasma del pulgar de Victoria trazando círculos lentos, metódicos y ardientes sobre sus venas en la oscuridad de la cocina seguía allí, latiendo bajo la epidermis como un veneno de acción lenta.

Se incorporó de golpe, expulsando el aire de los pulmones.

—Basta —murmuró para sí misma en la soledad de la habitación—. Detente.

Necesitaba centrarse. Faltaba una semana para la boda. Julian iba a llegar en dos días. Tenía que revisar la disposición de las mesas, confirmar las opciones veganas del menú y fingir que todo estaba en perfecto orden. Se obligó a salir de la cama, a pisar la madera fría con los pies descalzos y a meterse bajo el chorro de agua hirviendo de la ducha de mármol, esperando, absurdamente, que el agua a

cuarenta grados lograra derretir la sensación de irrealidad que se había instalado en su pecho.

Cuarenta minutos más tarde, ataviada con unos vaqueros rectos y un jersey de punto color avena que disimulaba la leve bajada de peso de las últimas semanas, bajó a la planta principal. El olor a café tostado, amargo y denso, la guio hasta el solárium adyacente a la cocina, un espacio semicircular acristalado que ofrecía una vista panorámica de los jardines destrozados por la tormenta.

Eleanor ya estaba allí. Sentada con una postura tan recta que parecía tener una tabla de planchar soldada a la columna vertebral, leía el periódico en formato físico mientras daba pequeños y calculados mordiscos a una tostada seca.

—Buenos días —saludó Harper, dirigiéndose directamente hacia la cafetera italiana de acero inoxidable.

—Tienen poco de buenos, querida —replicó Eleanor, sin apartar la vista de las páginas financieras—. El viento ha destrozado dos de las carpas que los operarios montaron ayer en el césped sur. He tenido que llamar a la empresa de eventos a las seis de la mañana para exigir un reemplazo inmediato. Y el jardinero me ha confirmado que tres de las hortensias francesas están insalvables. Un desastre logístico absoluto.

—Lo siento mucho. Iré a hablar con ellos ahora mismo para ver cómo podemos reorganizar el espacio.

—No hace falta. Ya he dado yo las órdenes pertinentes. Julian confía en mi criterio para evitar que el terreno parezca un lodazal de campo de refugiados el día de su boda —la mujer mayor pasó la página con un chasquido seco de papel—. Por cierto, ¿has conseguido hablar con mi sobrino esta mañana?

Harper sirvió el café negro en una taza de porcelana, notando cómo le temblaba ligeramente el pulso. Apoyó el borde de la taza en el platillo con más fuerza de la necesaria.

—Le dejé un mensaje de voz anoche. Supongo que con la diferencia horaria en Londres y las reuniones de la fusión del fondo, estará abrumado.

—Julian es un hombre ocupado, Harper. Está forjando un imperio. Deberías ir acostumbrándote a estas ausencias prolongadas. Las mujeres de nuestra familia no somos como esas esposas dependientes que necesitan validación constante por teléfono. Entendemos el sacrificio que requiere el verdadero éxito.

Harper apretó los dientes, sintiendo el esmalte rechinar. Se tragó la respuesta mordaz que le bailaba en la punta de la lengua. Antes de que pudiera articular una excusa para abandonar la sala, el sonido grave y áspero de unos neumáticos triturando la grava del camino de entrada la salvó.

Dejó la taza intacta sobre la encimera y caminó a paso rápido hacia el vestíbulo principal. Al abrir la pesada puerta de roble, una ráfaga de aire frío y salado le golpeó el rostro. Aparcado frente a la escalinata, un viejo todoterreno Volvo de los años noventa, cubierto de barro hasta los tapacubos, desentonaba de forma gloriosa con la arquitectura elitista de la mansión.

La puerta del conductor se abrió con un crujido metálico y Sloane Kensington saltó al suelo de piedra. Vestía unos pantalones de chándal negros, unas botas militares desgastadas y una chaqueta de cuero enorme que probablemente había robado en una tienda de segunda mano en Brooklyn. Su cabello oscuro, cortado en un estilo asimétrico y rebelde, flotaba salvajemente con la brisa húmeda del océano. Era la antítesis andante de los Hamptons, y a Harper le pareció la visión más hermosa del planeta.

—¡Sloane! —Harper bajó los escalones de dos en dos y se lanzó a los brazos de su amiga, aferrándose al cuero de su chaqueta como un náufrago a una tabla de madera.

—¡Eh, eh, cuidado con los huesos, futura señora Vance! —Sloane soltó una carcajada ronca, devolviéndole el abrazo con fuerza, aplastando a Harper contra su pecho. Olía a tabaco de liar, a menta

piperita y a humedad—. Mírate nada más. Estás pálida como un fantasma. ¿Qué pasa, no te dan de comer en el castillo de Drácula?

Harper se apartó un poco, sintiendo una sonrisa genuina asomar a sus labios por primera vez en tres días.

—Te eché de menos. Siento haberte hecho conducir tan temprano después de la tormenta.

—Tonterías. Llevo despierta desde las cinco. Mi gata vomitó en la alfombra y decidí que era una señal divina para huir de Nueva York —Sloane se giró hacia el maletero, abrió el portón trasero y sacó una bolsa de lona verde oliva, echándosela al hombro—. Bueno, ¿dónde está el novio ausente? Ah, espera, cierto. En Europa, salvando la economía mundial mientras tú eliges servilletas. Típico de Julian.

—Sloane, por favor. No empieces. Al menos no delante de su tía. Está dentro y tiene un radar para el sarcasmo no disimulado.

Las dos mujeres entraron en la casa. El contraste entre la energía caótica y vibrante de Sloane y el ambiente estéril del vestíbulo era palpable. Subieron rápidamente a la planta superior, evitando pasar por el solárium para no enfrentarse al escrutinio de Eleanor. Harper la guio hasta una de las habitaciones de invitados, dos puertas más abajo de la suya.

Sloane tiró la bolsa sobre la cama con un golpe sordo, se quitó la chaqueta de cuero y se giró para observar a Harper, cruzándose de brazos. Su expresión juguetona había desaparecido por completo, reemplazada por la mirada clínica y penetrante que solía usar cuando analizaba los fallos en sus lienzos de pintura.

—Vale. Ya estamos solas —dijo Sloane, bajando la voz—. Suéltalo.

—¿Soltar el qué? —Harper fingió demencia, alisando una arruga inexistente en la colcha de la cama—. Solo estoy organizando tu ropa. Deberíamos bajar a ver el desastre del jardín antes de que...

—Harper. Mírame —la interrumpió Sloane, dando un paso al frente —. Nos conocemos desde la primera semana de primer año en Yale. Sé cuándo estás nerviosa por un examen y sé cuándo estás

aterrorizada porque algo se está derrumbando. Tienes unas ojeras que te llegan a la barbilla, te tiemblan las manos y llevas evitando mirarme a los ojos desde que bajaste la escalera. ¿Qué ha pasado? ¿Es Julian? ¿Te ha cancelado?

—No, no es Julian. Él llega el sábado por la tarde, como estaba previsto.

—Entonces, ¿qué es? ¿El síndrome de la impostora te está comiendo viva otra vez? ¿Sientes que van a descubrir que no tienes sangre azul y te van a echar a los leones?

Harper se sentó en el borde de la cama, frotándose las sienes con las yemas de los dedos. El dolor de cabeza amenazaba con regresar. Quería contárselo. Deseaba desesperadamente abrir la boca y expulsar la confesión: *Tuve un apagón anoche. Me encontré con mi suegra en la cocina. Me tocó. Me desmontó entera en cinco frases y ahora no puedo respirar si pienso en ello.* Pero las palabras se atascaron en su garganta, pesadas y pegajosas. ¿Cómo podía explicar algo que ni ella misma comprendía? ¿Cómo verbalizar que la proximidad física de una mujer de casi sesenta años le había provocado un cortocircuito en el cerebro que el supuesto amor de su vida jamás había logrado en años de relación?

—Es todo, Sloane. La casa, la tía Eleanor, la magnitud de esta boda... Siento que estoy atrapada en una obra de teatro y no me sé mis líneas.

Sloane la observó en silencio durante varios segundos, entornando los ojos oscuros. No parecía completamente convencida de la respuesta, pero asintió despacio, respetando el límite invisible que Harper acababa de trazar.

—Bien. Para eso estoy aquí. Para ser tu escudo humano contra los esnobs estirados —Sloane se acercó y le revolvió el pelo con cariño —. Venga, vamos a ver esos jardines arruinados. Necesito reírme un rato del sufrimiento de la tía Eleanor.

Bajaron a la planta baja y cruzaron las puertas francesas del salón trasero. El aire del exterior era denso, saturado de humedad, y el

olor a tierra mojada y pino triturado era abrumador. El césped, que el día anterior parecía una alfombra de billar impecable, estaba lleno de charcos irregulares y ramas caídas. Una docena de operarios con botas de agua corrían de un lado a otro, levantando estructuras de acero y lona blanca, intentando salvar el montaje del banquete nupcial.

Harper caminaba junto a Sloane, explicando la distribución original de las mesas, pero su mente estaba a kilómetros de distancia. Sus ojos escaneaban el terreno de forma involuntaria, saltando de una persona a otra, buscando una silueta específica entre la multitud.

Y entonces, la vio.

Victoria estaba de pie bajo el porche cubierto de la casa de la piscina, a unos treinta metros de distancia. Vestía un abrigo de cachemira color arena, entallado, sobre unos pantalones oscuros, y sostenía un vaso de café de cartón en una mano mientras con la otra señalaba unos planos que sostenía el encargado del catering. A plena luz del día, rodeada de caos logístico, Victoria proyectaba una imagen de control absoluto, de poder corporativo inquebrantable. Era la reina del tablero, fría, inalcanzable, dictando las normas de la partida.

Harper se detuvo en seco. Su respiración se enganchó en su garganta. La distancia física no importaba; podía sentir la gravedad que emanaba la mujer mayor tirando de su propio centro. Revivió la intensidad de la noche anterior, la vulnerabilidad en la voz de Victoria, el calor de sus dedos, la dureza de sus acusaciones. El contraste entre la ejecutiva blindada que veía ahora y la mujer sentada a oscuras en la cocina la fascinaba de una manera casi enfermiza.

Sloane, con su ojo entrenado para los detalles, notó la tensión al instante. Vio cómo la atención de su amiga no estaba en las flores, sino anclada magnéticamente a la figura de la mujer mayor. La artista plástica detuvo su explicación sobre los arreglos florales, se giró hacia Harper y siguió la trayectoria exacta de su mirada,

aterrizando directamente en la figura imponente de la CEO de Vance Dynamics.

—¿Por qué miras a tu suegra como si le debieras dinero... o como si estuvieras pensando en cómo robárselo? —preguntó Sloane, en un murmullo bajo, casi inaudible por el ruido del viento.

Harper parpadeó, sacudida por la brusquedad del comentario. Sintió un rubor caliente trepar por su cuello, manchando sus mejillas de rojo.

—No la estaba mirando a ella. Estaba mirando la carpa de la banda de música, que está torcida —mintió Harper, tragando saliva con dificultad y obligándose a girar la cabeza en dirección opuesta.

—Claro. La carpa. Y yo soy daltónica —murmuró Sloane, frunciendo el ceño. Sus ojos oscuros escanearon el perfil nervioso de Harper, absorbiendo cada microexpresión: el temblor en el labio inferior, la rigidez antinatural de los hombros, el pulso acelerado en la base del cuello. Sloane era excepcionalmente intuitiva, y lo que acababa de presenciar no encajaba en la caja de la simple "ansiedad preboda".

La mañana avanzó en un torbellino de decisiones triviales sobre mantelerías y cuberterías. Pasado el mediodía, el cielo comenzó a despejarse, permitiendo que tímidos rayos de sol secaran la hierba. Fue entonces cuando la tensión, que hasta ese momento había sido un zumbido de fondo, decidió materializarse.

Una de las asistentas de la casa encontró a Harper y Sloane en el vestíbulo.

—Señorita Delaney. La modista ha llegado de Nueva York con el vestido de la cena de ensayo. La está esperando en la sala de lectura del ala este para los últimos ajustes de dobladillo.

Harper asintió, sintiendo una súbita punzada de náuseas.

—Vamos, te acompaño —dijo Sloane, dándole un empujoncito en la espalda.

Al entrar en la sala de lectura, una estancia forrada en paneles de caoba oscura y estanterías repletas de primeras ediciones, Harper descubrió que no estaban solas. La modista, una mujer menuda y nerviosa llena de alfileres, había desplegado el vestido sobre un maniquí. Y sentada en un sillón orejero de cuero junto a la ventana, hojeando una revista de arquitectura con absoluta indiferencia, estaba Eleanor.

—Ah, por fin —dijo la tía de Julian, cerrando la revista con un golpe —. Adelante. Pruébatelo. No tenemos todo el día. Julian pagó una fortuna por ese diseño de seda italiana, espero que al menos logres llenarlo adecuadamente.

Harper se tragó el orgullo, agarró la funda protectora y se dirigió tras un biombo de madera tallada. Se despojó de sus vaqueros y su jersey, quedando en ropa interior, tiritando ligeramente por el aire acondicionado de la sala. Se deslizó dentro del vestido. Era una pieza impresionante de seda esmeralda, de corte asimétrico, con un escote pronunciado en la espalda y un cuello halter que requería ajustarse perfectamente para no resultar vulgar.

Salió de detrás del biombo y se subió al pequeño taburete circular frente al espejo de cuerpo entero. La seda fría se adhería a sus curvas, pero el cuello le quedaba flojo, colgando de manera extraña sobre su clavícula.

La modista se arrodilló a sus pies, comenzando a marcar el dobladillo inferior con alfileres a una velocidad vertiginosa.

—El bajo es aceptable —dictaminó Eleanor, levantándose del sillón y rodeando a Harper como un buitre evaluando a su presa—. Pero ese escote es un desastre. La tela hace bolsas. Parece que llevas una cortina mal cortada. Haz el favor de arreglar eso de inmediato.

La modista, sudando frío, se levantó con torpeza e intentó fruncir la tela en la nuca de Harper, clavando accidentalmente la punta de un alfiler cerca del omóplato de la joven.

—¡Ay! —Harper soltó un quejido, encogiéndose hacia delante.

—Tenga cuidado, por el amor de Dios —gruñó Sloane desde una esquina, dando un paso protector hacia Harper.

Antes de que la modista pudiera disculparse, la doble puerta de la sala de lectura se abrió sin previo aviso.

Victoria entró en la habitación.

Llevaba el mismo pantalón sastre oscuro de la mañana, pero se había quitado la chaqueta, quedando en una blusa de seda blanca con las mangas remangadas hasta los codos, mostrando sus antebrazos tonificados. El olor a sándalo y notas cítricas invadió el espacio cerrado casi de inmediato, desplazando el olor a cera de los muebles y al polvo antiguo de los libros.

—He oído gritos desde el pasillo —dijo Victoria, su voz grave resonando contra la madera de las paredes—. ¿Qué está pasando aquí?

—La inutilidad generalizada, eso es lo que pasa —respondió Eleanor, cruzándose de brazos—. El vestido le queda holgado en el torso. Y la mujer parece incapaz de clavar un alfiler sin desangrar a la novia.

Victoria posó sus ojos en Harper. Fue una mirada lenta, pesada, que recorrió la seda esmeralda adherida al cuerpo de la joven, deteniéndose una fracción de segundo más de lo necesario en el escote desbocado, para luego subir hasta los ojos muy abiertos de Harper.

—Apártese —le ordenó Victoria a la modista, en un tono que no admitía réplica.

La mujer retrocedió inmediatamente, casi tropezando con sus propios pies.

Victoria se acercó al taburete. Cada uno de sus pasos parecía hacer vibrar las tablas del suelo. Se colocó directamente frente a Harper, invadiendo su espacio vital, deteniéndose a escasos quince centímetros. Harper contuvo el aliento de forma instintiva.

—Levanta la barbilla —murmuró Victoria.

Harper obedeció en silencio, exponiendo la línea vulnerable de su cuello.

Victoria levantó ambas manos. Sus dedos, fríos y firmes, rozaron la piel desnuda de los hombros de Harper antes de agarrar la tela de seda del escote halter. El contraste térmico provocó un espasmo involuntario en la musculatura del vientre de la joven. Victoria tiró suavemente de la seda hacia arriba y hacia atrás, deslizando sus manos por los laterales del cuello de Harper, rozando con los pulgares el pulso desbocado que latía violentamente en su arteria carótida.

—El problema no es el corte del vestido —dijo Victoria, manteniendo la voz baja, sus ojos oscuros clavados en las pupilas dilatadas de Harper—. El problema es la postura. Tiendes a encoger los hombros. A hacerte pequeña cuando te sientes observada. Tienes que alinear la espalda, dejar que la tela caiga sobre ti, no esconderte dentro de ella.

Mientras hablaba, Victoria deslizó una mano hacia la espalda descubierta de Harper, apoyando la palma cálida y firme justo entre sus omóplatos, aplicando una leve presión.

—Enderézate. Así.

La columna de Harper se arqueó bajo el contacto, obligando a su pecho a proyectarse hacia delante, tensando la seda verde contra su piel exactamente como estaba diseñado el vestido. Sus pezones, duros por la bajada de temperatura y la sobrecarga sensorial, se marcaron levemente contra el tejido. La respiración de Harper se volvió tan superficial que los bordes de su visión comenzaron a oscurecerse.

Estaban tan cerca que Harper podía ver las diminutas motas doradas en el iris oscuro de Victoria, podía contar las pestañas oscuras, podía sentir el calor del aliento de la mujer mayor chocando contra su propia clavícula. Era una proximidad asfixiante, abrumadora, y sin embargo, Harper sentía una necesidad irracional y violenta de acortar los últimos milímetros que las separaban. Quería que la

mano de la espalda se moviera. Quería que esos dedos fríos que sostenían la seda en su nuca se enredaran en su pelo.

—¿Lo ves, Eleanor? —dijo Victoria, sin apartar la mirada de los labios entreabiertos de Harper, hablando hacia la habitación pero manteniendo la atención absoluta en su nuera—. Ajusta perfectamente. Solo necesitaba la dirección correcta.

—Supongo —concedió Eleanor a regañadientes desde su sillón, ajena por completo a la tormenta de feromonas y tensión sexual reprimida que estaba a punto de reventar los cristales de la ventana.

Sloane, sin embargo, no era ciega. Desde su posición junto al biombo, apoyada contra la pared de madera, la mejor amiga de Harper observaba la escena en un silencio sepulcral. Sus ojos iban de los nudillos blancos de Harper aferrados a la falda del vestido, a la mano posesiva de Victoria en su espalda desnuda. Sloane tragó saliva, procesando la magnitud de lo que tenía delante. La comprensión la golpeó con la fuerza de un tren de mercancías.

Victoria soltó la tela muy despacio, arrastrando las yemas de los dedos por la nuca de Harper antes de dar un paso atrás, rompiendo la burbuja de calor y obligando a Harper a soltar el aire acumulado en un suspiro tembloroso y entrecortado.

—Termine el dobladillo —le ordenó Victoria a la modista modificando su tono a uno estrictamente profesional—. Y asegúrese de que esté planchado y entregado en la suite de la novia mañana a primera hora.

Sin añadir una palabra más, ni despedirse de Eleanor, Victoria se dio la vuelta y salió de la sala de lectura, dejando la puerta abierta tras de sí.

El vacío que dejó su ausencia fue físico, como si el oxígeno de la habitación se hubiera ido tras ella. Harper se tambaleó levemente sobre el taburete, apoyando una mano en el maniquí para no perder el equilibrio. El contacto de la seda contra su piel ya no le parecía elegante, le parecía una jaula en llamas.

Levantó la vista y se topó con la mirada de Sloane en el espejo. Su amiga no sonreía, no la interrogaba, no había sarcasmo en su expresión. Solo había una certeza profunda y aterradora reflejada en sus pupilas oscuras.

Harper desvió la mirada hacia el suelo de madera. Por primera vez en su vida, comprendió que el monstruo que amenazaba con devorarla y arruinar su futuro perfectamente planificado no venía de los barrios bajos de Chicago, ni se escondía en los balances financieros de la familia Vance. El monstruo habitaba dentro de ella misma, acababa de despertar, y tenía un hambre voraz.

-4-

Harper estaba de pie junto a la ventana, observando cómo un camión de mensajería privada, de un blanco inmaculado y sin logotipos, se alejaba por el camino de grava.

Acababa de llegar.

Sobre la cama de dos metros y medio de ancho, descansaba una funda de tela transpirable de casi dos metros de largo. El bordado en el extremo superior rezaba un nombre que en los círculos de Manhattan se pronunciaba con la misma reverencia que un salmo religioso. Era el vestido definitivo. No el de la cena de ensayo, no una prueba de algodón; era la armadura blanca con la que Harper Delaney se convertiría oficialmente en una posesión de la dinastía Vance.

Se acercó a la cama con una lentitud casi fúnebre. El silencio en la planta superior era absoluto, roto únicamente por el zumbido monótono del sistema de climatización y el lejano graznido de una gaviota. Victoria estaba en una videoconferencia con la junta directiva en el ala oeste, y Eleanor había salido a supervisar la llegada de las botellas de cristal de bohemia. Harper estaba sola.

Tiró de la cremallera de la funda. El sonido, un siseo metálico prolongado, le pareció el desgarro de una piel.

La seda apareció primero. Un blanco roto, denso, con una caída que recordaba al mercurio. Era una pieza de ingeniería textil: un corsé interno de ballenas invisibles diseñado para moldear el cuerpo hasta la asfixia estética, una falda con metros de encaje francés aplicado a mano y una hilera de cincuenta botones de perla auténtica que debían recorrer su columna vertebral.

Harper se despojó de su ropa con movimientos mecánicos. Se quedó en ropa interior frente al espejo de cuerpo entero que dominaba la estancia, observando su propio reflejo con una desafección creciente. Se veía delgada, casi traslúcida bajo la luz del atardecer. Sus clavículas sobresalían como crestas de caliza y sus ojos, de un gris tormentoso, parecían hundidos.

—Es solo un vestido —susurró, intentando convencerse. Su voz sonó pequeña, engullida por el papel pintado de seda de las paredes.

Levantó el vestido. Pesaba más de lo que recordaba en la última prueba en Manhattan. La estructura interna era rígida, fría contra su piel desnuda. Con un esfuerzo que hizo que sus músculos se tensaran dolorosamente, se deslizó dentro de la prenda.

El problema empezó con el corsé.

Harper intentó subir la cremallera lateral oculta mientras sujetaba el torso con el brazo izquierdo. La tela estaba diseñada para ajustarse al milímetro, no permitía errores, no permitía respiraciones profundas. Al tirar hacia arriba, la seda se tensó sobre sus costillas, oprimiendo sus pulmones. El encaje, exquisito y caro, se sentía como una red de pesca áspera sobre sus hombros.

Se miró al espejo. La visión la golpeó como una bofetada.

Ya no era la chica que había devorado libros de Virginia Woolf en la biblioteca de Yale mientras contaba los céntimos para el café. No era la mujer que soñaba con descubrir autores nóveles en una editorial pequeña de Brooklyn. La imagen que le devolvía el cristal era la de una muñeca de porcelana de alta gama, una figura hueca envuelta en seis mil euros de seda italiana. Era la prometida de Julian Vance. Era el éxito social personificado.

Y de repente, el aire desapareció.

Fue como si el vacío se hubiera instalado en la habitación. Harper intentó inspirar, pero el corsé actuaba como una garra de hierro alrededor de su tórax. Sus pulmones se expandieron, chocando

contra las ballenas rígidas del vestido, y el oxígeno no llegó a su sangre.

«No puedo respirar», pensó. El pánico, un fluido negro y viscoso, comenzó a inundar su mente.

Se llevó las manos al cuello, intentando aflojar el encaje que de pronto sentía como una soga. Su reflejo comenzó a distorsionarse; los bordes del espejo se volvieron borrosos, manchados de puntos de luz blanca. El sonido de su propio corazón, un galope frenético y desordenado, le retumbaba en los oídos como el motor de un avión a punto de estrellarse.

Sus rodillas flaquearon. Se apoyó contra el tocador de madera tallada, tirando al suelo un frasco de perfume de cristal que estalló en mil pedazos, inundando el aire con un olor dulzón y asfixiante a jazmín.

—Ayuda —intentó decir, pero lo que salió de sus labios fue un silbido agónico.

El sudor frío comenzó a empapar el interior de la seda blanca. Sentía las puntas de los dedos hormiguear, una señal de que el dióxido de carbono se estaba acumulando en su sistema. La habitación comenzó a dar vueltas. La opulencia de la suite, los cuadros de marinas, la cama inmensa... todo se convirtió en una jaula de oro que se cerraba sobre ella.

En ese momento, la puerta de la suite se abrió. No fue un golpe suave; fue el sonido de alguien que entra con un propósito, alguien que no espera permiso.

Victoria Vance se detuvo en el umbral. Llevaba todavía los auriculares de la videoconferencia colgando del cuello y la tableta en la mano izquierda. Su rostro, habitualmente una máscara de indiferencia ejecutiva, cambió en una milésima de segundo al ver la escena.

—¿Harper?

Victoria tiró la tableta sobre la alfombra sin preocuparse de si se rompía y cruzó la habitación en tres zancadas largas y decididas. Al ver a la joven colapsar sobre el suelo, envuelta en una marea de seda blanca y rodeada de cristales rotos, el instinto protector de la mujer mayor afloró de una manera violenta y primaria.

—Mírame, Harper. ¡Mírame! —ordenó Victoria, hincando las rodillas en la alfombra sin importarle arruinar sus pantalones de mil quinientos dólares.

Harper tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos en blanco y la boca abierta en una lucha desesperada por el aire. Sus manos arañaban la tela del pecho del vestido, intentando desgarrarla.

Victoria agarró las muñecas de Harper con una fuerza sorprendente, inmovilizándola.

—No luches contra el vestido, te vas a hacer daño —dijo Victoria. Su voz ya no era fría; era un rugido bajo, cargado de una autoridad que buscaba anclar a Harper a la realidad—. Concéntrate en mi voz. Necesito que me escuches. No te estás muriendo. Es solo un ataque de pánico.

Victoria soltó las muñecas de Harper y llevó sus manos al rostro de la joven, obligándola a fijar la vista en sus ojos oscuros. El contacto físico fue como una descarga eléctrica que atravesó la niebla del pánico de Harper. Las manos de Victoria estaban calientes, olían a café y a ese sándalo embriagador que parecía emanar de sus poros.

—Inspirar... uno, dos, tres... —instruyó Victoria, exagerando su propia respiración para que Harper pudiera imitarla—. Expira... uno, dos, tres... Hazlo conmigo, Harper.

Poco a poco, el ritmo frenético del pecho de la joven comenzó a acompasarse con el de Victoria. El aire empezó a filtrarse, muy despacio, a través de sus bronquios contraídos. El velo blanco frente a sus ojos se disipó, dejando paso a la mirada intensa, casi febril, de la mujer que tenía delante.

—Así es. Otra vez —susurró Victoria. Su pulgar derecho acarició la mejilla de Harper, retirando un mechón de pelo pegado por el sudor —. Estás a salvo. Estoy aquí.

Harper soltó un sollozo desgarrador, una liberación de toda la presión acumulada durante semanas. Su cabeza cayó hacia delante, apoyándose en el hombro de Victoria. El contraste entre la seda fría del vestido de novia y el calor del cuerpo de Victoria, vestida con su blusa de seda oscura, era casi insoportable.

Victoria la rodeó con sus brazos, estrechándola contra sí. Intentó consolarla, pero la naturaleza de aquel contacto físico mutó rápidamente. Lo que empezó como un acto de auxilio comenzó a mutar en algo más denso, más pesado. La respiración de Victoria, que antes era rítmica y calmada, se volvió irregular al sentir el cuerpo menudo de Harper temblando contra el suyo.

Harper se apartó apenas unos centímetros, lo justo para mirar a Victoria a la cara. Tenía los labios entreabiertos, la piel húmeda y las pupilas tan dilatadas que casi borraban el iris gris. El pánico había desaparecido, dejando en su lugar una vulnerabilidad absoluta, una desnudez emocional que la dejó expuesta ante los ojos depredadores de Victoria.

—Yo... no puedo casarme, Victoria —susurró Harper, con una voz quebrada que apenas era un aliento—. No puedo ser esto. No puedo ser lo que Julian quiere.

Victoria no respondió con palabras. Sus ojos bajaron hacia los labios de Harper y luego volvieron a subir, clavándose en los suyos con una intensidad que hizo que a la joven se le encogiera el estómago. El silencio en la habitación cambió de frecuencia; ya no era el silencio de la soledad, era el silencio cargado de electricidad estática de un cable a punto de romperse.

Victoria se puso en pie, arrastrando a Harper con ella. Sus manos bajaron desde el rostro de la joven hasta sus hombros, sujetándola con una firmeza que rozaba el dolor.

—Sabes perfectamente por qué te está pasando esto —dijo Victoria, su voz ahora un susurro ronco, peligroso—. No es por el vestido. No es por la ceremonia. Es por la mentira que estás intentando vivir.

Victoria la empujó hacia atrás. Harper retrocedió un par de pasos hasta que su espalda chocó con un golpe sordo contra la pared de caoba oscura del dormitorio. El impacto la dejó sin aliento por un segundo, pero antes de que pudiera reaccionar, Victoria estaba sobre ella, invadiendo su espacio personal hasta que no quedó un solo milímetro de aire entre ambas.

En un arrebato de necesidad mutua, la máscara de Victoria se hizo añicos. Ya no era la CEO, ya no era la madre preocupada, ya no era la viuda gélida. Era una mujer consumida por un deseo que llevaba días cociéndose a fuego lento bajo la superficie.

No hubo ternura en el encuentro. Fue una colisión de dientes y lengua, un choque de desesperación acumulada. Victoria agarró el rostro de Harper con ambas manos, hundiendo sus dedos en su cabello, mientras su boca devoraba la de la joven con una voracidad que la dejó aturdida.

Harper soltó un gemido que fue ahogado por la lengua de Victoria. Sus manos, que hace un momento buscaban aire, se cerraron con fuerza sobre la blusa de seda de Victoria, arrugándola, tirando de ella para acercarla aún más si era posible. El sabor de Victoria era una mezcla de café amargo, whisky caro y una feminidad madura y sofisticada que hizo que las rodillas de Harper se volvieran gelatina.

La seda blanca del vestido de novia crujió bajo la presión de sus cuerpos. Harper sentía el frío de la madera de caoba en su espalda y el calor abrasador de Victoria en su frente. Era una contradicción sensorial absoluta. Victoria bajó una mano hacia la cintura de Harper, apretando el corsé del vestido con una fuerza que hizo que las costillas de la joven protestaran, pero Harper solo quería más. Quería que Victoria la rompiera, que la sacara de esa piel de seda blanca que no le pertenecía.

El beso se volvió más profundo, más urgente. Victoria la empujaba contra la pared, su cuerpo dominando por completo el de la joven, marcando su territorio con una posesividad que hizo que Harper sintiera un espasmo de placer líquido en el bajo vientre. Cada roce de la lengua de Victoria era una promesa de destrucción, un asalto a la moralidad y al futuro planificado de Harper.

Victoria se apartó un segundo, solo el tiempo suficiente para respirar, sus rostros a milímetros de distancia. Sus ojos oscuros brillaban con una luz salvaje, casi maníaca.

—Dime que me detenga, Harper —exigió Victoria, su voz apenas un gruñido—. Dilo ahora o no habrá vuelta atrás.

Harper no dijo nada. En lugar de eso, rodeó el cuello de Victoria con sus brazos y volvió a atraer su boca hacia la suya, respondiendo con un hambre que igualaba a la de la mujer mayor. El vestido de novia, el símbolo de su pureza y de su compromiso con Julian, estaba siendo profanado por la propia madre del novio en una habitación llena de espejos que multiplicaban su traición.

Victoria soltó un gruñido de satisfacción y volvió a estrellar sus labios contra los de Harper, sus manos bajando ahora hacia las caderas de la joven, levantando ligeramente la falda de seda para sentir la piel de sus muslos. El mundo exterior, los Hamptons, la boda, el desfalco de Julian que aún permanecía oculto... nada de eso existía. Solo existía el roce abrasador de la piel, el olor a sándalo y el sonido de dos respiraciones entrelazadas en una batalla que ninguna de las dos quería ganar.

Harper sabía, mientras sentía el cuerpo maduro y poderoso de Victoria presionándola contra la caoba, que su vida tal como la conocía acababa de terminar. Y lo peor de todo es que no le importaba en absoluto.

-5-

La madera de caoba contra la espalda de Harper estaba helada, pero el cuerpo de Victoria, presionado contra el suyo, irradiaba un calor febril que amenazaba con fundir la seda blanca del vestido de novia. El beso, que había comenzado como una colisión brutal, se transformó en una exploración profunda y húmeda.

El sabor del café amargo y el whisky añejo inundó su paladar, mezclándose con el propio aliento entrecortado de Harper. Era una resaca prematura, una intoxicación absoluta. La resaca del primer beso.

—Quítate esto —gruñó Victoria contra sus labios, su voz ronca vibrando directamente en la boca de la joven.

Las manos de la mujer mayor descendieron desde el rostro de Harper hasta su nuca, buscando el inicio de la interminable hilera de cincuenta botones de perla que cerraban el vestido. Sus movimientos no eran torpes ni apresurados; poseían la precisión metódica de alguien acostumbrado a desarmar sistemas complejos. Cada botón que se liberaba del ojal de seda permitía que una bocanada de aire fresco golpeara la piel sudorosa de Harper.

Harper temblaba. Sus manos, inseguras, se aferraron a las solapas de la blusa oscura de Victoria.

—Victoria... —susurró, su voz quebrando el silencio denso de la habitación, que solo olía al jazmín dulzón del frasco roto en el suelo.

—Silencio. Mírame.

La orden fue tajante. Harper descubrió que la frialdad de Victoria **escondía** a una amante dominante, intensa y devoradora. Abrió los ojos, encontrándose con la mirada oscura y depredadora de la matriarca de los Vance. No había rastro de la ejecutiva de Silicon

Valley, ni de la viuda inalcanzable. Solo había una mujer hambrienta que reclamaba lo que consideraba suyo.

Con un último tirón sutil, el corsé cedió por completo. Victoria dio un paso atrás, sujetando la tela por los hombros, y la deslizó hacia abajo. La seda italiana, valorada en miles de euros, se desplomó sobre la gruesa alfombra persa con un susurro fantasmagórico, formando un charco de blanco inmaculado alrededor de los tobillos de Harper.

Harper quedó expuesta, vestida únicamente con un conjunto de lencería de encaje color marfil. Se sintió vulnerable, despojada de su armadura, pero al mismo tiempo, extrañamente liberada. La luz cobriza del atardecer que se filtraba por los ventanales bañaba su piel, resaltando la tensión de sus músculos.

Victoria la observó en silencio durante varios segundos. Sus ojos recorrieron cada centímetro de la anatomía de la joven: la curva del cuello, la tensión en el abdomen, el ligero temblor de sus muslos. No era una mirada de evaluación estética; era la mirada de alguien que acaba de encontrar agua después de años cruzando un desierto.

Sin apartar la vista, Victoria comenzó a desabotonar su propia blusa. Sus dedos, largos y adornados por un único anillo de oro blanco en el índice derecho, se movían con una agilidad exasperante. La blusa oscura cayó al suelo, lejos del vestido de novia. Le siguió el pantalón de sastre.

Harper contuvo el aliento. El cuerpo de Victoria no era el de una mujer de veintiséis años, y eso era precisamente lo que lo hacía devastadoramente atractivo. Era un cuerpo maduro, fuerte, esculpido por la disciplina y marcado por la vida. Sus hombros eran anchos, su vientre plano y tonificado, y su piel desprendía ese inconfundible aroma a sándalo puro.

Victoria se acercó de nuevo. No la empujó contra la pared esta vez. Le tendió la mano.

—Ven aquí —ordenó en un susurro.

Harper entrelazó sus dedos temblorosos con los de Victoria. La piel de la mujer mayor era firme y cálida. Se dejó guiar hacia la inmensa cama de dos metros y medio de ancho, cuyas sábanas de algodón egipcio de mil hilos parecían un océano intacto.

Al llegar al borde del colchón, Victoria la empujó suavemente por los hombros. Harper cayó de espaldas, rebotando levemente sobre el espeso plumón. Antes de que pudiera incorporarse sobre los codos, Victoria ya estaba sobre ella, acomodándose entre sus muslos con una naturalidad aplastante.

—Estás temblando, Harper —murmuró Victoria, apoyando ambas manos a los lados de la cabeza de la joven, acercando su rostro hasta que sus narices casi se rozaron—. ¿Me tienes miedo?

—No —la respuesta brotó sincera, desgarrada—. Tengo miedo de que te detengas.

Una sonrisa depredadora, asimétrica y afilada, curvó los labios de Victoria.

—No voy a detenerme. No hasta que olvides cómo se pronuncia su nombre.

La boca de Victoria descendió, pero no buscó los labios de Harper. Su lengua trazó el contorno de la mandíbula de la joven, bajando por el cuello hasta detenerse en el hueco de la clavícula. Allí, succionó la piel con una fuerza medida, marcando su territorio, dejando un rastro rojo que contrastaba violentamente con la palidez de Harper. Harper soltó un quejido agudo, arqueando la espalda, sus manos buscando desesperadamente el cabello oscuro de la mujer mayor.

La dinámica estaba clara. Victoria dictaba el ritmo; Harper se sometía con una devoción que no sabía que poseía. Los dedos de Victoria descendieron por el torso de la joven, trazando la línea del esternón, jugando con el borde del encaje de su sujetador antes de deshacer el broche frontal con un simple movimiento de muñeca.

Harper cerró los ojos, abrumada por la sobrecarga sensorial. La boca de Victoria sobre sus pechos era exigente, implacable. La humedad caliente contrastaba con el aire acondicionado de la suite. Las manos de Harper bajaron hasta la espalda desnuda de Victoria, sintiendo la contracción de sus músculos bajo la piel firme, clavando sus uñas ligeramente, incapaz de contener la necesidad de aferrarse a algo sólido mientras el mundo giraba a su alrededor.

—Abre los ojos —demandó Victoria, levantando la cabeza.

Harper parpadeó, enfocando la mirada oscura que la escrutaba desde arriba.

—Quiero que me mires mientras te deshaces, Harper. Quiero ver cómo pierdes el control que tanto te empeñas en mantener frente a mi hermana y frente al idiota de mi hijo.

Las palabras fueron como un látigo moral, pero en lugar de repulsión, encendieron una llama de pura adrenalina en el estómago de Harper. La vergüenza y el deseo se entrelazaron en un nudo indisoluble.

Victoria enganchó los pulgares en los laterales de la ropa interior de Harper y la deslizó hacia abajo por sus piernas, lanzándola fuera de la cama. Harper separó los muslos de forma instintiva, ofreciéndose por completo.

Cuando los dedos de Victoria la tocaron por primera vez, encontrando su centro empapado y sensible, Harper soltó un grito sordo, mordiéndose el labio inferior hasta saborear la sangre. La técnica de Victoria no era vacilante ni exploratoria; era precisa, autoritaria y devastadora. Conocía la anatomía femenina con la maestría de la experiencia acumulada durante décadas.

—Eso es... —murmuró Victoria contra su cuello, su respiración volviéndose más pesada mientras sus dedos marcaban un ritmo implacable—. Déjate ir. No hay nadie más aquí.

Harper se retorció sobre las sábanas grises. La tensión en su bajo vientre se enrollaba como un resorte metálico a punto de estallar. Su

mente, habitualmente una máquina analítica y ansiosa, se apagó por completo. Ya no existía la universidad de Yale, ni las deudas estudiantiles, ni el síndrome de la impostora. Solo existía el roce abrasador de la piel, la humedad constante y la presencia colosal de la mujer que la estaba devorando viva.

El orgasmo la golpeó con la fuerza de un tren de mercancías. Su cuerpo se tensó como un arco, sus caderas empujaron hacia arriba buscando más fricción, y un gemido largo y gutural escapó de su garganta. Se aferró a los hombros de Victoria mientras las contracciones la sacudían en oleadas concéntricas, dejándola sin aliento, con el pecho subiendo y bajando frenéticamente.

Victoria no se apartó de inmediato. Permaneció allí, absorbiendo el colapso de la joven, trazando círculos calmantes sobre su vientre desnudo, esperando pacientemente a que la respiración de Harper volviera a la normalidad.

Cuando Harper finalmente abrió los ojos, la habitación había quedado sumida en la penumbra. El sol se había escondido por completo tras el horizonte del Atlántico.

La noche transcurrió en un bucle de sábanas revueltas, piel sudorosa y confesiones susurradas en la oscuridad. Harper descubrió el sabor de la propia Victoria, devolviendo el favor con una torpeza inicial que rápidamente fue reemplazada por una urgencia primaria. La mujer de hierro se desmoronó bajo la boca de Harper, emitiendo sonidos roncos que llenaban el silencio de la mansión. No durmieron más de dos horas seguidas.

***

La luz de la mañana siguiente era brillante y ofensiva.

Harper abrió los ojos lentamente. Le dolía la cabeza, una punzada sorda justo detrás de las sienes. Los músculos de los muslos y del abdomen protestaban con cada pequeño movimiento, una rigidez deliciosa que le recordaba cada segundo de la madrugada anterior.

Giró la cabeza sobre la almohada. El lado derecho de la inmensa cama estaba vacío, pero las sábanas seguían cálidas y el inconfundible olor a sándalo impregnaba la tela.

Se sentó de golpe, agarrando la sábana para cubrirse el pecho de forma instintiva. El vestido de novia seguía tirado en el suelo, una masa arrugada de seda blanca rodeada por los restos de cristal del frasco de perfume de jazmín. La evidencia de su traición estaba allí, física y tangible.

La puerta del baño adjunto a la suite se abrió, emitiendo una nube de vapor caliente. Victoria salió, vestida ya con un pantalón claro y una camisa de lino azul marino, abotonada perfectamente hasta la clavícula. Su cabello oscuro estaba húmedo, peinado hacia atrás con su habitual severidad.

El contraste fue brutal. La amante devoradora de la noche anterior había vuelto a encerrarse dentro de la armadura de la CEO de Vance Dynamics.

—Buenos días —dijo Victoria. Su tono era neutro, casi conversacional, mientras se acercaba al tocador para recoger su reloj de pulsera de acero.

Harper tragó saliva, sintiendo la boca seca.

—Buenos días.

—He pedido que te suban un termo de café y algo de fruta. Eleanor está abajo organizando a las tropas. Al parecer, el diseño floral del altar no coincide con la asimetría de la carpa principal —Victoria se abrochó el reloj, sin mirar directamente a Harper—. Deberías vestirte. La casa se va a convertir en un circo en menos de media hora.

Harper sintió un vacío repentino en el estómago. Esperaba algún tipo de reconocimiento, una palabra de afecto, un atisbo de la vulnerabilidad que habían compartido a las tres de la madrugada. Pero Victoria la estaba tratando con la misma eficacia clínica con la que gestionaría una crisis de relaciones públicas en su empresa.

—¿Eso es todo? —preguntó Harper, su voz sonando más frágil de lo que pretendía—. ¿Vas a actuar como si nada hubiera pasado?

Victoria se detuvo con la mano en el pomo de la puerta. Se giró muy despacio. Su expresión era inescrutable, una pared de mármol pulido.

—Actuaré de la forma necesaria para asegurar que esta semana transcurra sin incidentes que perjudiquen el valor de nuestras acciones en bolsa, Harper. Lo que ocurrió anoche fue... inevitable. Una catarsis necesaria para ambas. Pero afuera de esta habitación, tú eres la prometida de mi hijo y yo soy tu suegra. Te sugiero que lo recuerdes cuando bajes a desayunar.

Sin esperar respuesta, Victoria salió de la habitación, cerrando la puerta con un clic definitivo.

Harper se quedó mirando la madera desnuda durante un largo minuto. La realidad de su situación se asentó como un bloque de cemento sobre su pecho. Estaba atrapada en un juego de ajedrez donde no conocía las reglas, y Victoria Vance acababa de mover la reina.

Bajó a la planta principal una hora más tarde, enfundada en unos vaqueros y un jersey ancho de cuello alto que ocultaba las marcas violáceas que salpicaban su clavícula y su cuello.

La casa era un auténtico caos logístico. Hombres y mujeres vestidos con delantales verdes corrían de un lado a otro portando inmensos cubos de agua y cajas de cartón repletas de rosas blancas, lirios del valle y eucalipto. El olor de la vegetación cortada competía con el aroma a cera y productos de limpieza de alta gama.

Esquivó a dos operarios que transportaban un arco de metal oxidado y se escabulló hacia el salón principal. Eleanor estaba de pie junto al piano de cola, gesticulando enérgicamente con una taza de té en la mano frente al asustado florista jefe.

—He dicho que las hortensias deben ir en las esquinas, no en el centro. ¡El centro es para la cascada de orquídeas! —gritaba Eleanor

—. ¿Es tan difícil comprender un simple plano bidimensional?

Harper retrocedió silenciosamente, buscando una ruta de escape hacia la cocina, pero chocó directamente contra Sloane.

Su amiga la agarró por los brazos para estabilizarla. Sloane llevaba sus habituales botas militares llenas de polvo y una camiseta de un grupo de punk de los ochenta. La miró de arriba abajo, deteniéndose en el cuello alto del jersey de Harper.

—Vaya, vaya. Alguien ha dormido profundamente —comentó Sloane, bajando la voz y acercándose a su oído—. Tienes un brillo extraño en la cara, Delaney. Un brillo de «acabo de sobrevivir a un huracán y me ha gustado». Y dado que Julian sigue en Londres... me pregunto quién ha sido el fenómeno meteorológico.

Harper se tensó, mirando nerviosamente hacia el salón para asegurarse de que Eleanor no estaba escuchando.

—No digas tonterías, Sloane. Estoy estresada, nada más. Voy a buscar café.

—Claro. Café —Sloane soltó una carcajada seca, dándole una palmada en la espalda—. Suerte ahí fuera, soldadito. La general Vance está en la biblioteca revisando contratos y la coronel Eleanor está a punto de decapitar a un florista. Cuidado con el fuego cruzado.

La mención de la biblioteca fue como un imán para la brújula interna de Harper.

En lugar de dirigirse a la cocina, sus pies trazaron una trayectoria directa hacia el ala este de la mansión. Caminaba con la cabeza gacha, esquivando macetas de helechos y asistentes con auriculares. Se sentía desconectada del bullicio, flotando en un estado de duermevela.

La puerta de caoba de la biblioteca estaba entreabierta. Harper se detuvo en el umbral. El interior olía a papel viejo, encuadernaciones de cuero curtido y, sutilmente, a sándalo.

Victoria estaba sentada tras un inmenso escritorio de roble tallado, con gafas de lectura de montura negra puestas, escribiendo rápidamente en un teclado inalámbrico.

Harper empujó la puerta y entró, cerrándola a sus espaldas. El suave clic de la cerradura hizo que Victoria levantara la vista.

Durante un segundo infinito, ninguna de las dos habló. El ruido de los floristas y de los gritos de Eleanor quedó amortiguado, reduciéndose a un murmullo lejano y sin importancia. Estaban en el ojo del huracán.

Victoria se quitó las gafas lentamente, dejándolas sobre una pila de carpetas. Su mirada barrió la figura de Harper, deteniéndose en el jersey de cuello alto.

—Has tardado mucho en bajar —dijo Victoria, su voz carente de la frialdad corporativa de la mañana, reemplazada por una vibración baja y posesiva.

Harper avanzó por la alfombra oriental, bordeando los inmensos globos terráqueos antiguos y las estanterías de tres metros de altura.

—Intentaba evitar a tu cuñada y a su ejército de jardineros.

Se detuvo al otro lado del escritorio, apoyando ambas manos sobre la madera pulida. Estaba enfadada por cómo Victoria la había despedido por la mañana, pero el enfado no lograba apagar el incendio que se encendía en su sangre con solo tenerla a menos de un metro de distancia.

Victoria se puso en pie, apoyando las manos en su lado del escritorio, inclinándose hacia delante.

—El azul no te favorece, Harper. Apaga tus ojos.

Antes de que Harper pudiera replicar, Victoria rodeó el escritorio. Sus movimientos eran los de un felino acorralando a su presa. Agarró a Harper por la cintura, tirando de ella con brusquedad, levantándola del suelo con una fuerza que desmintió su edad, y la sentó sobre la

superficie del escritorio de roble, esparciendo varios documentos importantes en el proceso.

—¿Qué haces? —jadeó Harper, mirando instintivamente hacia la puerta cerrada—. Cualquiera podría entrar. Eleanor está a treinta metros de aquí.

—Que entren —susurró Victoria, metiéndose entre las piernas colgantes de Harper.

Sus manos subieron bajo el grueso tejido del jersey, buscando el contacto directo con la piel desnuda de la espalda baja de la joven. El contraste de sus dedos fríos sobre las vértebras calientes de Harper la hizo jadear.

—Dijiste que afuera de la habitación éramos suegra y nuera —le recriminó Harper, aunque sus propias manos ya se estaban hundiendo en el cabello oscuro de la mujer mayor, arruinando su peinado impecable.

—Mentí —confesó Victoria contra sus labios.

El beso en la biblioteca fue diferente al de la noche anterior. No había la desesperación de lo desconocido; había la urgencia del peligro inminente. El sabor de la tinta y el papel antiguo se mezcló con la saliva. Harper rodeó la cintura de Victoria con sus piernas, atrayéndola aún más hacia sí, sintiendo la dureza de la madera bajo sus muslos.

Era un juego suicida. La constante amenaza de ser descubiertas elevaba la excitación a niveles insoportables.

Se separaron de golpe cuando el sonido de unos pasos fuertes resonó por el pasillo exterior, acercándose a la puerta.

Victoria retrocedió medio paso, arreglándose la camisa con un movimiento fluido, mientras Harper se deslizaba del escritorio a la velocidad del rayo, fingiendo examinar lomo de una primera edición de Dickens en la estantería más cercana, con las mejillas ardiendo y el pulso latiendo violentamente en su cuello.

Los pasos pasaron de largo sin detenerse.

Harper cerró los ojos y apoyó la frente contra la madera de la estantería, intentando controlar su respiración.

—Esto es una locura —murmuró.

Victoria, ya sentada de nuevo en su sillón ejecutivo, volvió a ponerse las gafas de lectura.

—Baja a la bodega de vinos a las seis de la tarde, Harper. Asegúrate de que nadie te siga. Marcus me pidió que revisara el inventario del Châteauneuf-du-Pape para la cena del viernes. Necesitaré... asistencia.

Harper se giró para mirarla. La CEO estaba de nuevo allí, tecleando impasible en su ordenador, como si los últimos cinco minutos hubieran sido una alucinación producto del estrés de la boda.

—A las seis —confirmó Harper, sabiendo que acababa de firmar su propia sentencia de muerte social, y sonriendo ligeramente mientras abandonaba la biblioteca.

-6-

El pañuelo de seda Hermès, un regalo pretencioso que la tía Eleanor le había hecho la Navidad anterior, se sentía como una lija fina contra la piel hipersensible de su cuello. Harper Delaney estaba de pie frente al espejo ovalado del baño de su suite, con los dedos temblorosos intentando anudar la tela estampada con motivos ecuestres de forma que pareciera un accesorio de moda casual y no lo que realmente era: un vendaje de emergencia.

Bajo la seda, justo en el hueco donde la clavícula se unía con el músculo esternocleidomastoideo, latía un hematoma fresco de un color violáceo profundo. Era el trofeo clandestino del encuentro en la bodega de vinos de la tarde anterior, un recordatorio físico de que su cordura se había ahogado en algún lugar entre las botellas polvorientas de Châteauneuf-du-Pape y las manos posesivas de Victoria Vance.

Harper apretó el nudo y bajó las manos, apoyándolas en el mármol frío del lavabo. Sus ojos grises, rodeados por unas ojeras que el corrector apenas lograba disimular, le devolvieron una mirada cargada de culpa y anticipación febril. Su cuerpo seguía zumbando. Cada fibra muscular de su abdomen y de sus muslos recordaba la presión, la humedad y el peso de la mujer mayor contra ella. Había cruzado el punto de no retorno; la línea moral que separaba a la prometida perfecta de la amante adúltera ya no existía. La había hecho pedazos y, para su absoluto horror, había disfrutado del sonido de la ruptura.

Un golpe seco en la puerta del dormitorio la sacó de su monólogo interno.

—¡Delaney, sal de ahí! —gritó Sloane desde el otro lado de la madera—. ¡La caballería británica acaba de cruzar la verja principal!

¡Tenemos visual del objetivo!

El estómago de Harper dio un vuelco violento. Julian.

El tiempo de descuento se había agotado. El hombre con el que iba a casarse acababa de cruzar la puerta de la propiedad. Tragó saliva, forzando a sus pulmones a expandirse contra la repentina opresión en su pecho, y salió del baño.

Sloane estaba asomada a uno de los inmensos ventanales de la suite, apartando la cortina de lino con una mano mientras sostenía una manzana a medio comer en la otra. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta gris que contrastaba de forma hilarante con la pulcritud de la habitación.

—Ahí está —dijo Sloane, dando un mordisco sonoro a la fruta—. El salvador de los mercados europeos, llegando en... ¿qué demonios es eso? ¿Un Porsche Panamera alquilado? Sutil. Muy propio de él.

Harper se acercó a la ventana, manteniéndose un paso por detrás de su amiga. Abajo, en el camino semicircular de grava blanca, un sedán deportivo negro acababa de detenerse con un frenazo innecesariamente brusco que levantó una nube de polvo. Las puertas delanteras se abrieron y el sonido de una carcajada masculina, grave y expansiva, flotó hasta el segundo piso, superando el ruido del océano.

Era el típico "chico de oro" americano: atractivo, carismático, seguro de sí mismo, pero emocionalmente superficial. Julian Vance salió del asiento del conductor. Llevaba unos pantalones chinos de color arena, mocasines de ante sin calcetines y una camisa Oxford azul claro con los primeros tres botones desabrochados, las mangas remangadas hasta los codos para mostrar el costoso reloj suizo que adornaba su muñeca izquierda. Su cabello castaño claro, aclarado por el sol, estaba estratégicamente despeinado. Parecía el protagonista de un anuncio de perfumes caros, la encarnación perfecta del privilegio sin remordimientos.

—Debería bajar —murmuró Harper, sintiendo que los pies se le habían pegado al suelo de madera.

—Sí, supongo que el comité de bienvenida requiere a la futura esposa —Sloane se giró y escrutó a Harper de arriba abajo, deteniéndose en el pañuelo del cuello—. Bonito estrangulador de seda. ¿Tienes frío en pleno mes de junio, o es que la boda te está dando literalmente alergia en la piel?

Harper evitó la mirada aguda de su amiga, ajustándose el borde del jersey oscuro que llevaba debajo. Sloane siempre había desconfiado de Julian. Como artista gráfica acostumbrada a observar las texturas y las intenciones ocultas, Sloane Kensington poseía un radar impecable para detectar el narcisismo, y el prometido de Harper siempre había encendido todas sus alarmas.

—Hace corriente en los pasillos, Sloane. Deja de analizarlo todo.

—Yo no analizo. Yo observo —replicó su amiga, encogiéndose de hombros y tirando el corazón de la manzana a una papelera de mimbre—. Vamos, te escolto hasta el frente de batalla.

Las dos mujeres bajaron la gran escalera principal. El vestíbulo ya era un hervidero. Eleanor Vance estaba de pie junto a la doble puerta de roble, con las manos entrelazadas sobre el estómago y una sonrisa radiante que Harper no le había visto en toda la semana. Dos empleados del servicio esperaban pacientemente para hacerse cargo del equipaje.

Cuando Harper pisó el último escalón, la puerta se abrió de par en par. Julian entró como un huracán. Su actitud expansiva y su necesidad absoluta de ser el centro de atención chocaron frontalmente con el ambiente hermético que había dominado la casa durante su ausencia. Su presencia ocupó todo el espacio vital del vestíbulo de inmediato.

—¡Tía Eleanor! —exclamó Julian, soltando una bolsa de viaje de cuero italiano sobre la alfombra y abriendo los brazos—. Estás fantástica. ¿Has estado tomando el sol o es que aterrorizar a los organizadores de bodas te rejuvenece el cutis?

Eleanor soltó una risita aguda, un sonido casi juvenil que desconcertó a Harper, y se dejó abrazar por su sobrino.

—Oh, calla, adulador. El viaje te ha dejado exhausto, se te nota en los ojos. ¿El tráfico desde el JFK ha sido terrible?

—Un infierno absoluto, tía. Pero mereció la pena. Cerramos la fusión en Londres la pasada madrugada. Los británicos son duros de roer, pero no saben aguantar una negociación a las tres de la mañana con escocés de por medio —Julian se separó de Eleanor, palmeándole el hombro con afecto condescendiente, y entonces sus ojos azules escanearon la sala hasta clavarse en Harper—. ¡Ahí está! La razón por la que he cruzado el charco en tiempo récord.

Avanzó hacia ella con zancadas largas. Harper se quedó inmóvil, paralizada por una disonancia cognitiva aplastante. Durante los últimos tres años, Julian había sido su refugio, su billete de salida de las deudas y la ansiedad económica. Conoció a Harper en Yale. Él la había deslumbrado con su seguridad absoluta, su capacidad para resolver cualquier problema con una llamada telefónica y su sonrisa de niño rico que prometía que nada malo podía pasar en su mundo de algodones.

Pero ahora, viéndolo acercarse, no sintió alivio. Solo sintió una invasión.

Julian la agarró por la cintura, tirando de ella contra su pecho con una fuerza brusca. Su colonia, un aroma agresivo a cítricos metálicos y madera de cedro sintética, asaltó las fosas nasales de Harper, ahogando instantáneamente cualquier recuerdo del sándalo natural y terroso de Victoria.

—Dios, te he echado de menos, preciosa —dijo Julian, besándola sonoramente en los labios.

Fue un beso rápido, posesivo, diseñado para ser visto por los presentes más que para ser sentido por ella. La quería como se quiere a una posesión valiosa que le otorgaba un toque de autenticidad a su vida. Para Julian, ella era la prueba viviente de que él era profundo, de que era capaz de amar a alguien fuera de su círculo endogámico de apellidos compuestos.

—Hola, Julian —logró articular Harper, separándose unos centímetros, apoyando las manos en el pecho de su prometido para mantener la distancia—. ¿Qué tal el vuelo?

—Largo. Aburrido. El wifi del avión era un desastre, apenas pude revisar los informes trimestrales —Julian no le preguntó cómo estaba. No se fijó en las ojeras, ni en la rigidez de su postura, ni en el pañuelo del cuello. Su atención ya se había desviado hacia Sloane, que observaba la escena apoyada en la barandilla de la escalera con los brazos cruzados—. Kensington. Veo que sigues viva y vistiendo como si acabaras de saquear un contenedor de ropa benéfica en el Soho.

—Vance. Veo que tu ego sigue teniendo su propio código postal —respondió Sloane con una sonrisa gélida—. Felicidades por sobrevivir al wifi del avión. Eres un verdadero héroe de la clase trabajadora.

La mandíbula de Julian se tensó por una fracción de segundo, pero su fachada de chico encantador se recuperó al instante. Soltó una carcajada vacía, desestimando el comentario como si fuera el zumbido de un mosquito molesto. Estaba demasiado centrado en sí mismo y en su carrera como para notar los matices de las mujeres de su vida.

—Sigue afilando esa lengua, Sloane. Algún día alguien te pagará por ello en lugar de por esos lienzos oscuros que pintas —Julian se volvió de nuevo hacia su tía—. Necesito un trago, tía Eleanor. Y una ducha que no huela a queroseno. ¿Dónde está mi madre? Pensé que la CEO en persona bajaría a recibir a su único hijo.

La temperatura de la habitación pareció descender varios grados en cuestión de segundos. El aire acondicionado del vestíbulo no se había encendido, pero el vello de la nuca de Harper se erizó de forma involuntaria.

El sonido inconfundible de unos tacones golpeando el suelo de piedra caliza del pasillo este anunció su llegada.

Victoria apareció en el arco que conectaba el vestíbulo con la biblioteca. Llevaba un traje sastre de un gris marengo impecable,

con los pantalones perfectamente planchados y una blusa de seda negra cerrada hasta el último botón. Su cabello estaba recogido en un moño bajo y severo, sin un solo mechón fuera de lugar.

Victoria se enfundó inmediatamente en su armadura de hierro, volviendo a ser la suegra distante.

Harper contuvo la respiración. Sus ojos se clavaron en la mujer mayor, buscando desesperadamente un rastro, una chispa, cualquier indicio de la fiera salvaje que la había devorado contra el escritorio de roble apenas veinticuatro horas antes. Buscaba la vulnerabilidad, el deseo bruto, la necesidad asfixiante que habían compartido en la oscuridad.

No había nada.

El rostro de Victoria era una máscara de absoluta neutralidad corporativa. Sus ojos oscuros, fríos y calculadores, se posaron sobre su hijo sin pestañear, pasando por alto la figura de Harper como si la joven fuera un mueble más de la decoración de la casa.

—Llegas tarde, Julian —fue el saludo de Victoria. Su voz, grave y autoritaria, resonó en las paredes del vestíbulo, carente de cualquier inflexión maternal.

—Madre. Siempre tan cálida y acogedora —Julian sonrió, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos. Se acercó a Victoria y le dio un beso rígido en la mejilla, cuidando de no rozar el traje impecable de la mujer—. Te envié un mensaje desde el coche. Tuvimos turbulencias y el piloto tuvo que desviar la ruta de aproximación.

—Excusas irrelevantes —Victoria cruzó los brazos bajo el pecho—. El vicepresidente de fusiones de Londres me llamó hace dos horas. Dice que cediste un dos por ciento adicional en las acciones preferentes para cerrar el trato rápido. Un movimiento perezoso, Julian. Podrías haberlos exprimido más si hubieras tenido la paciencia de aguantar hasta el amanecer.

Julian se puso rojo. El carisma descarado que había exhibido hace un momento frente a Harper y Eleanor se desvaneció, reemplazado

por la actitud defensiva de un subordinado que acaba de ser reprendido por la junta directiva.

—Era el mejor trato posible sobre la mesa, madre. Garantiza liquidez inmediata para el trimestre que viene.

—Garantiza que cediste ante la presión táctica de un equipo inferior. Hablaremos de esto el lunes en la oficina. Ahora, ve a lavarte. Tienes polvo de la autopista en los zapatos —Victoria zanjó la conversación con un tono que no admitía réplica.

Por primera vez desde que había aparecido, Victoria movió los ojos y miró directamente a Harper. La joven sintió un vuelco en el pecho, esperando que bajo esa mirada gélida hubiera un mensaje oculto, un destello de complicidad.

—Harper —dijo Victoria, pronunciando su nombre con una distancia quirúrgica—. Eleanor te necesita en el comedor oeste. Han traído las copas equivocadas para el brindis de mañana. Resuélvelo.

El rechazo implícito fue como un puñetazo en el estómago. Harper observó cómo el hombre con el que **se iba** a casar **ignoraba** sus sentimientos, mientras la mujer con la que se había acostado la noche anterior ni siquiera la miraba. Harper asintió lentamente, incapaz de articular palabra, sintiendo que la tela de seda del pañuelo de su cuello amenazaba con asfixiarla de verdad.

—Claro, Victoria —murmuró finalmente, bajando la vista hacia las baldosas de piedra.

Se dio la vuelta y caminó hacia el comedor oeste, alejándose de los tres miembros de la familia Vance, sintiéndose más intrusa y solitaria que el primer día que había puesto un pie en esa maldita mansión de cristal.

***

La cena de aquella noche fue una coreografía macabra de falsedades e ignorancia voluntaria.

Se sirvió en la terraza acristalada, bajo la luz mortecina de unas lámparas de araña minimalistas que proyectaban sombras alargadas sobre la vajilla de porcelana fina. El menú consistía en medallones de langosta y risotto de trufa negra, platos exquisitos que a Harper le supieron a ceniza en la boca.

Julian monopolizó la conversación desde el instante en que descorchó la primera botella de vino blanco de Borgoña. Estaba sentado a la derecha de Victoria, quien ocupaba la cabecera de la mesa en su habitual silencio analítico. Acostumbrado a dominar las salas de juntas, Julian desgranó cada detalle de sus reuniones en el distrito financiero de Londres, utilizando una jerga técnica incomprensible sobre márgenes de beneficio, capitalización de mercado y derivados financieros, buscando desesperadamente arrancar una palabra de aprobación de su madre.

Victoria masticaba despacio, bebiendo su agua con gas y asintiendo de vez en cuando, sin emitir ningún juicio, dejando que su hijo se ahorcara con su propia verborrea.

Harper, sentada frente a Julian, removía el risotto con el tenedor de plata. El ruido metálico de los cubiertos chocando contra la porcelana le arañaba los tímpanos.

—...y entonces le dije a los socios de la firma británica que si querían nuestro capital, tenían que reestructurar su junta directiva entera —alardeaba Julian, gesticulando con la copa de vino llena—. No puedes entrar en la liga de las grandes ligas si tienes a dinosaurios tomando decisiones tecnológicas, ¿verdad, Harper?

La repentina mención de su nombre la sobresaltó. Levantó la vista, encontrándose con los ojos azules de Julian, que brillaban con una excitación febril por el sonido de su propia voz.

—Supongo que no —respondió Harper, su voz sonando plana, vacía de cualquier entusiasmo.

—¿Supongo? —Julian rió, una risa condescendiente que hizo que Sloane, sentada a la izquierda de Harper, apretara los puños bajo la mesa—. Cielo, no tienes que entenderlo todo. Sé que el mundo

editorial y los poemas de Sylvia Plath que tanto te gustan no te preparan para la economía a gran escala. Para eso estoy yo. Para que tú no tengas que preocuparte por nada más que por elegir el color de las fundas de los cojines de nuestro apartamento en Tribeca.

El comentario, pronunciado con la más absoluta e ignorante buena intención, cayó sobre la mesa como un bloque de plomo.

Harper sintió la sangre agolparse tras sus orejas. Él no la conocía. No sabía que ella había negociado sola su beca en Yale, no sabía las noches en vela que había pasado auditando las cuentas de la pequeña revista universitaria para salvarla de la bancarrota. No veía su inteligencia; solo veía su fragilidad percibida.

Sloane intervino antes de que Harper pudiera abrir la boca.

—Qué discurso tan protector, Julian. Suena casi a los años cincuenta. Si te esfuerzas un poco más, seguro que consigues que Harper te pida permiso por escrito para salir a comprar el pan.

—Sloane, por favor —susurró Harper, agarrando la muñeca de su amiga bajo el mantel.

—Es una simple broma, Sloane —replicó Eleanor desde el otro extremo de la mesa, su voz cortante como un cristal—. Mi sobrino es un proveedor excelente. Deberías tomar nota. A tu edad, jugar a la artista bohemia empieza a dejar de ser excéntrico para convertirse en patético.

La tensión escaló, cargando la atmósfera de una electricidad estática asfixiante. Mientras Eleanor y Sloane intercambiaban miradas asesinas, Harper buscó refugio, de forma instintiva, en la cabecera de la mesa.

Miró a Victoria.

La matriarca estaba cortando su porción de langosta con movimientos pausados y precisos. No había intervenido en la disputa. No había defendido a Harper de la condescendencia de

Julian ni había reprendido a Eleanor. Su rostro era una máscara impenetrable.

Pero entonces, por un brevísimo segundo, Victoria levantó los ojos. Su mirada oscura, profunda e insondable, chocó directamente contra la de Harper. No parpadeó. No desvió la vista. Fue una mirada pesada, cargada de un conocimiento oscuro y compartido que quemaba más que mil palabras de aliento. Fue un recordatorio silencioso y brutal: *Estás atrapada con él, pero eres mía*.

Harper contuvo el aliento, sintiendo una oleada de calor líquido descender por su columna vertebral. Llevó la mano izquierda a su cuello, rozando con las yemas de los dedos el pañuelo de seda que ocultaba la marca violácea, como si necesitara confirmar físicamente que la mujer de hielo que presidía la mesa era la misma que la había hecho gemir suplicando su nombre horas atrás.

Victoria apartó la mirada con la misma rapidez con la que la había concedido, volviendo a centrar su atención en la copa de agua con gas, dejando a Harper flotando a la deriva en un océano de ansiedad, deseo reprimido y pánico absoluto.

Julian, ajeno por completo a la tormenta silenciosa que se estaba desatando a medio metro de distancia, levantó su copa de vino.

—Por la futura señora Vance —brindó, con una sonrisa deslumbrante y vacía—. Por una boda perfecta y una vida sin sobresaltos.

Harper levantó su propia copa de cristal, el peso del recipiente temblando ligeramente en sus dedos entumecidos, y bebió el líquido dorado. Estaba frío, pero le quemó la garganta hasta llegar al estómago. Observando el rostro satisfecho del hombre que tenía enfrente, y el perfil afilado de la mujer que la estaba ignorando de forma calculada, Harper comprendió con una claridad aterradora que la vida sin sobresaltos que Julian prometía era exactamente la tumba de la que ahora necesitaba escapar a cualquier precio.

-7-

El reloj digital de la mesita de noche parpadeaba con una estridencia roja que perforaba la oscuridad casi absoluta de la habitación: las tres y catorce de la madrugada. Harper Delaney yacía rígida sobre su mitad del inmenso colchón de plumas, con los ojos muy abiertos, clavados en las intrincadas molduras del techo abovedado que apenas podía distinguir en la penumbra.

A su lado, Julian respiraba con un ritmo pesado y denso, emitiendo un leve y constante silbido por la nariz en cada exhalación. Su brazo derecho descansaba inerte sobre la cintura de Harper, un peso muerto, posesivo y opresivo que amenazaba con cortarle la circulación sanguínea. La temperatura del dormitorio estaba programada por el sistema domótico a unos gélidos dieciocho grados centígrados, pero bajo la opulencia del edredón nórdico de plumón de ganso, Harper se estaba asando viva. Una fina capa de sudor frío le cubría la frente y le pegaba la camiseta de algodón a la espalda.

Horas antes, cuando finalmente habían abandonado la terraza acristalada tras aquella cena que había rozado la tortura psicológica, Julian había cerrado la puerta de la suite con el pestillo, se había aflojado el cinturón y se había abalanzado sobre ella. Lo había hecho con la torpeza del vino francés, el exceso de confianza de su clase social y la arrogancia implícita de la propiedad. Sus manos, extrañamente ásperas por empuñar palos de golf los fines de semana, le habían apretado las caderas con demasiada fuerza, mientras su boca, que todavía conservaba el regusto metálico de la langosta y el alcohol caro, buscaba el cuello de Harper.

La joven había sentido una repulsión física tan violenta, tan visceral, que tuvo que clavar las uñas de forma dolorosa en las palmas de sus

propias manos para no empujarlo contra el tocador y salir corriendo por la puerta.

—Julian, por favor, detente —había suplicado, girando el rostro bruscamente para que los labios húmedos de él aterrizaran torpemente en su mejilla en lugar de en su boca—. Estoy agotada. La migraña me está matando. Siento unos pinchazos horribles detrás de los ojos.

Él se había apartado de inmediato, soltando un suspiro exagerado, rodando los ojos hacia el techo con fastidio evidente.

—Venga ya, Harper. Llevo casi una semana entera fuera de casa. ¿Me vas a castigar por estar cruzando el Atlántico y cerrando un trato que nos asegura la vida entera a ti y a nuestros futuros hijos?

—No te estoy castigando, Julian. Simplemente no me encuentro bien físicamente. Han sido unos días de locos organizando todo con tu tía.

—Estás tensa por las malditas flores, la mantelería y todas esas minucias sin importancia. Mañana por la mañana le diré a Eleanor que se ocupe del personal y te deje en paz, que se vaya a molestar al jardinero. Te necesito relajada y dispuesta para la luna de miel en las Maldivas, preciosa. No me apetece tener a una esposa neurótica paseando por la playa privada.

Esa había sido su máxima muestra de empatía emocional. Cuatro minutos después de soltar aquella barbaridad revestida de preocupación conyugal, Julian se había desplomado sobre las almohadas y se había quedado profundamente dormido, dejándola a ella atrapada en un bucle mental de ansiedad corrosiva, culpa y deseo no resuelto.

Ahora, en el silencio denso de la madrugada, el olor de la loción de afeitar cítrica y sintética de Julian impregnaba el tejido de algodón de la funda de la almohada, metiéndose por las fosas nasales de Harper, revolviéndole el estómago con cada inspiración. Se sentía sucia. Se sentía como una estafadora profesional que había logrado infiltrarse en la cámara acorazada del banco más seguro del mundo,

solo para darse cuenta, una vez dentro, de que la puerta de titanio se había cerrado por fuera y el oxígeno se estaba agotando rápidamente.

Levantó el brazo pesado de Julian con un cuidado exquisito, conteniendo la respiración hasta que le dolieron los pulmones, y lo apartó de su cadera milímetro a milímetro. Él emitió un gruñido inarticulado en sueños, se dio la vuelta llevándose consigo gran parte del pesado edredón y siguió durmiendo de espaldas a ella, completamente ajeno a la tormenta que destruía a la mujer que tenía al lado.

Harper deslizó las piernas fuera de la cama. Sus pies descalzos tocaron las tablas de madera de roble, recibiendo una punzada de frío punzante que le subió por los gemelos y la ayudó a anclarse mínimamente al presente. Se puso de pie en silencio, caminando de puntillas por la inmensa habitación. Agarró una bata de seda azul marino que colgaba del perchero victoriano de la esquina y se la ató a la cintura con un nudo apretado, violento, como si estuviera asegurando un arnés de seguridad.

Salió de la suite empujando el pomo lentamente, cerrando la puerta con un clic apenas perceptible.

El pasillo de la planta superior de la mansión Vance parecía la galería central de un museo de arte contemporáneo fuera del horario de visitas. Desolado, inmenso e intimidante. Las luces de emergencia, unos pequeños apliques incrustados a ras de suelo cada dos metros, proyectaban un resplandor blanquecino y estéril sobre las paredes empapeladas en tonos ceniza.

Harper comenzó a caminar sin un destino fijo consciente, guiada únicamente por la necesidad imperiosa de mover los músculos para no volverse loca. Pasó por delante de la puerta de madera maciza de la habitación de Sloane, donde reinaba un silencio absoluto, y continuó su trayecto arrastrando ligeramente los pies desnudos hasta el final de la galería este.

La cena había sido una obra de teatro grotesca, una tortura diseñada al milímetro para volverla paranoica.

La actitud de Victoria durante la velada no había sido una casualidad; no era distracción por el trabajo ni cansancio. Había sido una ejecución pública y meticulosa de sus esperanzas. Cada vez que Harper intentaba encontrar los ojos de la mujer mayor en la cabecera de la mesa, buscando un ancla, un mensaje mudo, chocaba directamente contra un grueso muro de metacrilato irrompible. La mujer que le había arrancado gemidos guturales contra la madera del escritorio de la biblioteca, la que horas más tarde le había marcado la clavícula con los dientes entre las botellas de Châteauneuf-du-Pape, la había tratado como a un bicho irrelevante frente al hombre con el que supuestamente iba a compartir el resto de su vida.

Y Harper lo odiaba. Odiaba a Victoria por su cobardía gélida, por su capacidad sociopática para compartimentar el deseo y la vida pública. Pero, sobre todo, se odiaba a sí misma. Se odiaba por la necesidad física que le retorcía las tripas, por el calor que se acumulaba en su bajo vientre con solo recordar la presión de aquellos dedos fríos sobre su piel sudorosa.

Sus pies la llevaron, de forma casi magnética, ineludible, hacia la escalera principal. Descendió los peldaños flotantes aferrándose a la barandilla de cristal templado y giró hacia el ala oeste.

El territorio de la matriarca.

El ala oeste albergaba la inmensa suite principal de la viuda y un despacho privado anexo donde Victoria solía encerrarse a trabajar de madrugada cuando sufría de insomnio o cuando los mercados asiáticos abrían con volatilidad. Al acercarse a las dobles puertas de madera maciza oscura de aquel despacho, Harper notó un fino y afilado haz de luz amarilla filtrándose por debajo de la rendija que separaba la madera del suelo de piedra.

Estaba despierta.

El corazón de Harper dio un salto errático en su pecho, golpeando dolorosamente contra sus propias costillas como un pájaro enjaulado. Se detuvo en seco a medio metro de la entrada.

¿Qué pretendía hacer exactamente? ¿Irrumpir allí y exigirle respuestas a la CEO implacable de una de las empresas de ciberseguridad más letales y calculadoras de Estados Unidos? Era un suicidio emocional, una locura que solo garantizaría su destrucción. Sin embargo, la simple idea de dar media vuelta, volver a cruzar el museo vacío, meterse en la cama y escuchar la respiración plácida de Julian hasta que saliera el sol, le pareció un destino infinitamente más cruel.

Levantó la mano derecha, apoyó la palma plana contra la madera fría, sintiendo la veta tallada bajo su piel, y empujó. La puerta cedió sin apenas emitir un sonido gracias a las bisagras de acero perfectamente engrasadas.

El despacho privado era sustancialmente más pequeño e íntimo que la monstruosa biblioteca de la planta baja. Estaba forrado íntegramente en paneles de nogal oscuro y dominado en su pared frontal por enormes ventanales de suelo a techo que daban directamente al Atlántico Norte. La única luz provenía de una pequeña lámpara de lectura de latón envejecido situada sobre el escritorio desordenado y del resplandor azulado de la luna que se colaba a través de los cristales, tiñendo la estancia de un aura espectral.

Victoria estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a la puerta, observando la marea negra.

Llevaba unos pantalones de lino sueltos de color blanco roto y una sencilla camiseta de algodón gris de manga corta. Ver a la todopoderosa Victoria Vance despojada de sus trajes de sastre de miles de dólares, sin la armadura de seda y lana fría, resultaba una rareza absoluta que descolocó a Harper por un segundo. Sostenía un vaso de cristal grueso en la mano derecha, haciendo girar los cubitos de hielo en su interior en un movimiento pendular, rítmico y

repetitivo, que delataba una agitación subterránea que la rigidez de sus hombros intentaba ocultar desesperadamente.

—Dejé órdenes muy precisas a Marcus de que no quería que nadie del servicio de limpieza me molestara antes de las siete de la mañana bajo ningún concepto —la voz de Victoria cortó la penumbra de la habitación. No se había girado. Había reconocido el sonido imperceptible de la puerta abriéndose a sus espaldas, pero ni siquiera se molestó en elevar el tono de voz para imponer autoridad.

—No soy del servicio de limpieza, Victoria.

El tintineo rítmico del hielo contra el cristal se detuvo en seco.

La espalda de Victoria se tensó bajo la fina tela de algodón gris. Los músculos de sus hombros se contrajeron de forma visible. Durante tres segundos interminables, pesados como el plomo, la mujer mayor no movió ni un solo músculo de su cuerpo, pareciendo una estatua de sal petrificada frente a la inmensidad del océano furioso. Cuando finalmente giró sobre sus talones descalzos para enfrentarse a la intrusa, la máscara de frialdad corporativa, esa misma máscara que la hacía invencible en las salas de juntas de Silicon Valley, estaba perfectamente encajada en sus facciones angulosas.

—¿Qué haces aquí a estas horas de la madrugada, Harper? —inquirió Victoria, avanzando un paso para apoyar lentamente la base del vaso de whisky sobre el alféizar de la ventana. Su tono era neutro, aséptico, desprovisto de cualquier inflexión emocional, el mismo tono monocorde que utilizaría para dirigirse a un empleado de tercer nivel que hubiera cometido un error en un balance trimestral.

Ese tono robótico, esa distancia prefabricada a medida para mantenerla alejada, fue la chispa definitiva que detonó el polvorín de resentimiento que Harper llevaba acumulando en la caja torácica desde los postres.

—No te atrevas a hablarme así —exigió la joven, agarrando el pomo de la puerta y cerrándola a sus espaldas con un golpe seco que resonó en la madera de las paredes—. No me hables como si fuera

un problema logístico más al que tienes que gestionar antes de tu próxima videoconferencia. No después de la cena humillante de hoy. No después de lo que hicimos esta tarde.

Harper avanzó dos pasos hacia el centro de la estancia, pisando la alfombra persa tupida. La vulnerabilidad de su ropa de dormir contrastaba brutalmente con la agresividad letal que desprendía su lenguaje corporal.

Victoria cruzó los brazos sobre el pecho, elevando la barbilla en una postura defensiva de manual de dominación.

—No tengo la menor idea de a qué te refieres. La cena de esta noche transcurrió con total y absoluta normalidad. Fue una velada familiar tranquila para celebrar el retorno de tu prometido.

—¡Fue una farsa enfermiza y lo sabes perfectamente! —Harper elevó la voz, perdiendo el control de la modulación, importándole muy poco si la tía Eleanor o algún miembro de seguridad en el otro extremo de la finca podía escuchar los gritos—. Me sentaste allí, en esa mesa absurda, dejaste que tu hijo me tratara como a un adorno decorativo estúpido e ignorante frente a todos, permitiste que tu cuñada me atacara con sus comentarios clasistas, y ni siquiera tuviste el valor de mirarme a la cara una sola vez. Actuaste como si yo no existiera en esa habitación. Como si fuera de cristal.

—Tú eres quien eligió a Julian libremente, Harper —replicó Victoria, bajando el tono de voz hasta convertirlo en un susurro áspero y peligroso, un filo de obsidiana cortando la oscuridad—. Tú elegiste sentarte a su lado esta noche y tú elegiste soportar sus monólogos sobre fondos de inversión que no te interesan lo más mínimo. Yo no te puse una pistola en la cabeza ni te obligué a comprometerte con un hombre que, es evidente, te subestima a nivel intelectual. No me culpes a mí de la asfixia de las cadenas que tú misma decidiste ponerte en las muñecas por miedo a ser pobre.

—No te estoy culpando por él ni por su estupidez. Te estoy recriminando tu absoluta hipocresía —Harper acortó la distancia de forma temeraria, plantándose a menos de metro y medio de la

matriarca de la familia. Podía oler el alcohol destilado, el olor a salitre de la noche, y bajo todo eso, el rastro familiar a sándalo que le provocaba una descarga eléctrica punzante en la base del estómago—. Me arrinconaste contra tu mesa en la biblioteca ayer. Me citaste en la maldita bodega de vinos como si fuera un animal en celo. Me hiciste prometerte que no olvidaría cómo se pronunciaba tu nombre mientras me destrozabas contra las estanterías, ¿y luego me ignoras en el comedor como si te diera asco respirar el mismo aire que yo? ¿A qué demonios estamos jugando, Victoria? Dímelo.

Victoria desvió la mirada de forma casi imperceptible por una fracción de segundo, enfocando la atención en los lomos de los libros de la estantería detrás de la cabeza de Harper. Un músculo tenso en su mandíbula izquierda palpitó de forma errática. Esa pequeña fisura física en su armadura de hierro, esa microexpresión de pánico puro escapando a su control, le dio a Harper una falsa, efímera y peligrosa sensación de esperanza.

Harper dio un paso más, invadiendo la zona de confort de la mujer mayor. Levantó las manos temblorosas hacia su propia garganta y, con un tirón brusco, deshizo el nudo del pañuelo Hermès de seda que todavía llevaba apretado al cuello desde la tarde. Tiró la tela costosa al suelo con desprecio, exponiendo la piel de su cuello a la luz de la lámpara. Justo sobre la clavícula derecha, el hematoma violáceo y profundo latía visiblemente.

—Mírame —suplicó Harper, su voz perdiendo la fuerza de la rabia y quebrándose de pronto, transitando desde la ira ardiente hacia una vulnerabilidad desnuda y absoluta—. Mírame a los ojos y atrévete a decirme que lo de anoche en mi cama y lo de hoy en la bodega no significó nada para ti. Mírame a la cara y dime que, para ti, solo soy la arribista futura mujer de tu hijo.

Victoria bajó la vista hacia la marca morada en el cuello pálido de la joven. Sus pupilas, rodeadas por el iris casi negro, se dilataron ligeramente. Tragó saliva, un movimiento duro y visible en el trazado de su garganta, y por un microsegundo suspendido en el tiempo, Harper estuvo completamente segura de que la mujer de hierro se

desmoronaría, de que daría el paso al frente para acortar los escasos centímetros que las separaban y volvería a reclamar esa marca violácea con sus propios labios.

Pero Victoria Vance no había construido un imperio tecnológico multinacional ni había sobrevivido en un mundo dominado por hombres despiadados cediendo a los ataques de pánico emocional. Había aprendido a sobrevivir a base de aniquilar sus propias emociones de raíz antes de que estas pudieran aniquilarla a ella.

El terror primario que sentía en sus entrañas en ese momento —el terror ciego a perder el control absoluto de su entorno, el miedo a protagonizar un escándalo mediático y familiar que destruiría el valor de las acciones de Vance Dynamics, y el pavor a ensuciar su impecable imagen de viuda intocable— se transformó rápidamente, operando un cambio químico en su cerebro, en la herramienta defensiva más cruel y eficiente de su arsenal corporativo.

El hielo.

La matriarca enderezó la columna vertebral de forma antinatural, ganando unos centímetros de altura que la hacían parecer una sombra gigantesca y amenazadora bajo la escasa luz del despacho. Sus ojos se endurecieron en el acto, perdiendo de golpe cualquier rastro de calidez o humanidad residual.

—Te estás comportando como una niña caprichosa e histérica, Harper —las palabras cayeron lentas, pesadas y congeladas en medio de la habitación, como pedazos de granizo afilado golpeando directamente contra el cristal de un ventanal—. Haz el favor de agacharte, volver a ponerte ese estúpido pañuelo alrededor del cuello y regresar a tu habitación. Estás haciendo el ridículo.

Harper retrocedió un paso, tambaleándose ligeramente, como si le hubieran propinado una bofetada a mano abierta con el dorso de la mano. El aire acondicionado pareció absorber todo el oxígeno de sus pulmones de un solo trago.

—¿Qué...?

—Lo que oyes. Te estás montando un drama barato y predecible, digno de las novelitas románticas de segunda categoría que te dedicas a corregir en esa pequeña editorial tuya —Victoria avanzó un paso firme, obligando a Harper a retroceder de nuevo, invadiendo su espacio personal con una dominación psicológica aplastante. No había ni rastro de deseo en su movimiento; era una maniobra táctica de aniquilación—. ¿Qué demonios esperabas de todo esto, niña? ¿Esperabas que me levantara esta noche en medio de los entrantes de langosta, detuviera la cena, le anunciara a mi único hijo ya Eleanor que me he estado follando a su prometida a escondidas por los pasillos, y que acto seguido nos subiéramos a un coche para huir juntas hacia el atardecer californiano? Despierta de una maldita vez a la realidad. Esto es el mundo de los adultos. Esto no es un cuento de hadas.

El tono sumamente vulgar, la crudeza de la palabra soez saliendo de la boca que siempre exigía pulcritud y compostura extrema, fue un segundo golpe brutal al hígado. Harper negó con la cabeza frenéticamente, parpadeando con fuerza, arrugando la nariz para intentar contener las lágrimas calientes que ya le picaban en los lagrimales y amenazaban con derramarse sobre sus pómulos.

—Tú no eres así —susurró la joven, llevándose ambas manos al estómago, sintiendo un calambre físico, una náusea profunda y punzante originándose en sus entrañas—. Tú no eres este monstruo frío que intentas aparentar. Tú viste algo real en mí. Tú fuiste la que me dijo que Julian no tenía la capacidad mental para saber quién era yo de verdad. Tú me dijiste que yo estaba apagando mi propio fuego para no deslumbrar la mediocridad de tu hijo.

—Te dije exactamente lo que sabía que necesitabas escuchar para que abrieras las piernas de una vez por todas.

La mentira fue proferida con tanta frialdad, sonó tan cruda, quirúrgica y monstruosa, que silenció la habitación por completo, ahogando incluso el sonido de la resaca oceánica en el exterior.

Victoria mantuvo el contacto visual implacable, obligándose a sí misma a no apartar los ojos ni pestañear, obligándose a observar, como una espectadora clínica, cómo el alma de la joven que tenía frente a ella se hacía literalmente pedazos y caía al suelo de la oficina en tiempo real. Lo que Harper no podía ver era que los nudillos de Victoria, firmemente ocultos y entrelazados tras su propia espalda, estaban completamente blancos por la fuerza sobrehumana con la que la CEO apretaba sus manos enlazadas para evitar que estas temblaran delatando su propia destrucción.

—Fue solo un maldito juego —continuó la mujer mayor, agarrando la empuñadura del cuchillo que acababa de clavar en el pecho de Harper y girándolo lentamente sin mostrar piedad alguna—. Estabas hiperventilando, al borde de un patético ataque de ansiedad preboda, asfixiada por la seda del traje y por tus propias inseguridades crónicas de chica de clase media que se ve superada por el entorno. Te ofrecí una vía de escape rápida. Una catarsis biológica para rebajar la tensión nerviosa. Fue un simple exceso de adrenalina provocado por el aislamiento, una forma de despedida de soltera anticipada y completamente privada. Absolutamente nada más que fricción.

—Estás mintiendo con cada palabra que sale de tu boca —la voz de Harper era ahora apenas un hilo de sonido, un gemido herido y ahogado en la garganta—. Sentí cómo latía tu corazón cuando me tocabas, Victoria. Sentí cómo me mirabas ayer cuando me quitaste el vestido. No fue solo un maldito juego para descargar tensión.

—Estás confundiendo tristemente el morbo hormonal de lo prohibido con sentimientos reales y perdurables, Harper —Victoria se dio la vuelta en un giro seco, casi militar, regresando al refugio del alféizar de la ventana, dándole la espalda a la joven para ocultar la mueca de dolor profundo que, a su pesar, empezaba a desfigurar la rectitud de sus propios labios—. Eres inexperta y muy joven, supongo que es comprensible que te aferres a la intensidad. Pero el experimento ha finalizado oficialmente. Te vas a casar con Julian el próximo sábado, frente a trescientos invitados. Te convertirás en mi nuera oficial,

vivirás en ese inmenso apartamento de Tribeca que él ha pagado, asistirás a las galas benéficas del museo Metropolitano y te acostumbrarás rápidamente a sonreír y mirar hacia otro lado cuando tu marido se pase de copas en las cenas del club de campo. Esa es la vida de lujo que elegiste cuando decidiste aceptar el anillo de diamantes que llevas en el dedo. Ahora, cumple tu parte del contrato comercial.

—¿Y tú? —preguntó Harper, incapaz de retener el llanto por más tiempo, dejando que las lágrimas resbalaran silenciosa y amargamente por sus mejillas pálidas—. ¿Tú también vas a mirar hacia otro lado cuando me veas entrar en una habitación agarrada de su brazo? ¿Vas a cenar el pavo de Acción de Gracias todos los años sentada frente a nosotros y vas a fingir que no recuerdas exactamente a qué sabe mi piel o cómo gimo cuando me metes los dedos dentro? ¿Realmente vas a cargar con ese nivel insano de podredumbre moral el resto de tus días por proteger las apariencias de tu estúpida empresa?

La pregunta cruda y directa pareció golpear físicamente a Victoria Vance. La coraza de la CEO tembló. Sus hombros anchos se encogieron hacia delante por un microsegundo, una reacción física incontrolable al dolor del golpe, pero recuperó su postura marcial de inmediato. Agarró su vaso de whisky de la repisa de madera, apretando el cristal cilíndrico con tanta violencia silenciosa que las venas de su antebrazo resaltaron bajo la piel, pareciendo a punto de estallar el recipiente en su propia palma.

—El ser humano, querida Harper, ha demostrado que puede soportar niveles asombrosamente altos de podredumbre interior si con ello consigue mantener su mundo exterior intacto y a salvo del caos —contestó Victoria, manteniendo la voz monocorde, sin girar la cabeza, manteniendo la vista fija en la espuma negra de las gigantescas olas que rompían con violencia contra las rocas del acantilado bajo su ventana—. Sal inmediatamente de mi despacho. Y si te queda un mínimo gramo de decencia y de sano instinto de

supervivencia en el cuerpo, no vuelvas a dirigirme la palabra sobre este asunto jamás. Da la vuelta y cierra la puerta.

Harper se quedó completamente inmóvil, sintiéndose como un fantasma en su propio cuerpo, mirando la espalda rígida, impenetrable y cobarde de la mujer a la que hacía apenas unas horas acababa de entregarle sus miedos, sus complejos y sus secretos más íntimos.

El frío artificial de la habitación finalmente logró traspasar la fina barrera de su piel, instalándose profundamente en la médula de sus huesos, congelando y matando por necrosis el último rastro de calidez, esperanza y pasión que había albergado en su interior al cruzar esa misma puerta.

La crueldad verbal de Victoria no provenía de la maldad pura, no provenía de un sadismo genuino; provenía del terror más absoluto y paralizante. Harper, a pesar del dolor que le partía el esternón, lo sabía. Podía verlo claramente en la rigidez antinatural de su postura, en la forma en que los cubitos de hielo del vaso tintineaban levemente delatando el temblor patético de su mano. Pero comprender el miedo irracional del verdugo no lograba, bajo ningún concepto, que el golpe final de la guillotina sobre el cuello doliera menos.

La había utilizado como un pasatiempo, la había devorado para saciar un hambre de diez años de viudez reprimida, y luego la había desechado de un plumazo como a una pieza de hardware defectuosa en la fría cadena de montaje de Vance Dynamics.

Sin añadir una sola palabra más, sin concederle a la matriarca la satisfacción de escucharla sollozar en alto, Harper se agachó lentamente, recogió el costoso pañuelo de seda Hermès del suelo y lo apretó con tanta fuerza en su puño derecho que las uñas se le clavaron en la carne de la palma, casi sacando sangre. Giró sobre sus talones descalzos y salió del despacho a paso fúnebre, dejando deliberadamente la puerta de caoba abierta de par en par tras de sí, permitiendo que la oscuridad del pasillo invadiera la oficina.

Caminó por la larguísima galería de la planta superior arrastrando los pies, sintiendo que la gravedad se había multiplicado por diez y cada baldosa de piedra caliza pesaba cien kilos. La opulenta mansión de la familia Vance, con sus techos altísimos, su arquitectura de vanguardia y sus muebles de diseño italiano, ya no era una simple jaula de cristal que le generaba síndrome de la impostora; ahora se había revelado en toda su magnitud como un inmenso y suntuoso mausoleo destinado a enterrarla en vida.

Al entrar de nuevo en su suite, vio a Julian exactamente en la misma posición laxa e indolente en la que lo había dejado. Él soltó un ronquido sordo, húmedo, y se rascó el estómago a través de la fina camiseta de su pijama de diseñador, completamente ajeno al hecho de que el mundo interno de la mujer que estaba a punto de convertirse en su legítima esposa acababa de ser bombardeado y reducido a cenizas radiactivas.

Harper se deslizó en silencio bajo el pesado edredón nórdico, pegándose al borde opuesto del colchón, lo más lejos posible del cuerpo caliente de su prometido, abrazando sus rodillas contra el pecho en posición fetal. Temblaba sin control, sacudida por espasmos silenciosos, consumida por un frío profundo e interno que ninguna manta térmica ni ningún sistema de calefacción de lujo podría curar jamás.

En la más absoluta oscuridad de la habitación que se suponía que debía representar el principio de su nueva vida perfecta, cerró los ojos y se obligó a tragarse el nudo punzante de los sollozos, comprendiendo, con una lucidez aguda, dolorosa y devastadora, que el verdadero infierno no ardía en espectaculares llamas rojas; el verdadero infierno te quemaba la piel a fuego lento con el implacable, silencioso e insoportable frío del hielo.

-8-

El estruendo de la orquesta de cámara, estratégicamente situada en una de las esquinas de la terraza acristalada, se filtraba a través de la densa marea de conversaciones banales y el tintineo constante de las copas de cristal de bohemia. La mansión de los Vance había sido finalmente engullida por la élite neoyorquina. Hombres con trajes de sastre de tres mil dólares y mujeres envueltas en sedas arquitectónicas y joyas que costaban más que el apartamento de la familia de Harper en Chicago circulaban por las estancias como una marea de privilegio y desconexión. El aire estaba saturado de una mezcla asfixiante de perfumes de nicho, el aroma metálico del champán caro y el olor a vegetación cortada de los miles de orquídeas que Eleanor había insistido en colocar en cada rincón disponible.

Harper Delaney se sentía como una anomalía biológica en medio de aquel ecosistema artificial. Llevaba puesto el vestido de seda esmeralda que Victoria había ayudado a ajustar días atrás, pero la prenda, que en su momento le había parecido una segunda piel cargada de electricidad, ahora le resultaba un sudario helado. El pañuelo Hermès seguía anudado a su cuello, ocultando la marca violácea que ya no era un trofeo de pasión, sino el estigma de su propia humillación.

Sentía las mejillas entumecidas de tanto fingir una sonrisa que no llegaba a sus ojos. Había perfeccionado el arte de la disociación: su cuerpo estaba allí, aceptando felicitaciones de desconocidos que la miraban como si fuera una pieza de arte de precio razonable adquirida por los Vance, pero su mente estaba a kilómetros de distancia, reviviendo una y otra vez la frialdad quirúrgica con la que Victoria la había expulsado de su despacho la noche anterior.

—Estás radiante, preciosa. Todo el mundo está fascinado contigo —susurró Julian al acercarse, rodeándola con un brazo posesivo y apretando sus dedos contra la seda de su cintura.

Él ya llevaba tres copas de champán y una seguridad que rozaba la euforia. Julian no veía la palidez de Harper ni el temblor casi imperceptible de sus labios. Para él, ella era el accesorio final para su gran noche, la prueba viviente de que el "chico de oro" lo tenía todo bajo control.

—Gracias, Julian —respondió ella mecánicamente, su voz sonando hueca en sus propios oídos.

—En cuanto termine de hablar con los socios de Goldman, nos sentamos. Madre ha insistido en que el servicio sea milimétrico. Quiere que esto sea un despliegue de poder, no solo una cena de ensayo —Julian le dio un beso rápido en la sien, un gesto que Harper sintió como una invasión térmica, y se alejó de nuevo hacia un grupo de hombres canosos que reían a carcajadas.

Harper se quedó sola unos segundos, buscando con la mirada un punto de anclaje. Sus ojos escanearon la sala hasta que encontraron a Sloane, que estaba de pie cerca de la barra, vestida con un traje de chaqueta negro de corte masculino que desafiaba la etiqueta estirada de la noche. Sloane la observaba con una expresión de preocupación mal disimulada, ajena a la Champaña y las risas.

Poco después, Eleanor hizo sonar una campanilla de plata, indicando que era hora de sentarse a la mesa. La cena de ensayo se celebraba en el gran comedor, donde una mesa colosal en forma de U había sido dispuesta para los setenta invitados más cercanos.

Harper fue conducida a su asiento, en el centro de la mesa presidencial. A su derecha estaba Julian, radiante y ruidoso. A su izquierda, para su inmenso alivio, Sloane. Y justo enfrente, al otro lado de la mesa, presidiendo la velada con una rectitud que desafiaba las leyes de la anatomía humana, estaba Victoria Vance.

La matriarca llevaba un traje de noche azul noche, casi negro, con un escote cerrado y hombreras marcadas que acentuaban su

autoridad. Su rostro era una máscara de mármol pulido bajo la luz de las lámparas de araña. Durante los primeros platos —un carpaccio de vieiras que Harper apenas tocó—, Victoria mantuvo una conversación fluida y técnica con un senador estatal sentado a su derecha, ignorando por completo la existencia de su futura nuera.

—Come algo, Delaney. Vas a desaparecer —murmuró Sloane, inclinándose hacia ella mientras Harper removía el tenedor sobre el plato intacto.

—No puedo, Sloane. Siento que tengo el estómago lleno de cristales rotos —susurró Harper, sin apartar la mirada del perfil afilado de Victoria.

—Mírala —continuó Sloane, siguiendo su mirada hacia Victoria—. Parece que ha sido esculpida en hielo seco. Ni siquiera ha parpadeado cuando Julian ha mencionado vuestro viaje a las Maldivas. Hay algo que no encaja aquí, Harper. ¿Qué pasó anoche después de que yo me durmiera?.

Harper apretó los labios, sintiendo una punzada de pánico. No podía decírselo. No allí, rodeada de trescientas personas y bajo la vigilancia de Eleanor.

—Nada. Solo... nervios —mintió Harper, aunque el nudo en su pañuelo Hermès se sentía cada vez más apretado.

Sloane no parecía convencida. Estiró la mano por debajo del mantel y le apretó la de Harper con fuerza, un gesto de solidaridad silenciosa que casi hace que la joven rompa a llorar en medio del comedor.

La cena avanzó hacia los platos principales. Julian, envalentonado por el alcohol y la atención de los comensales, comenzó a relatar anécdotas de su estancia en Londres. Hablaba de cenas en clubes privados y de cómo había "domado" a los negociadores británicos. Harper escuchaba su voz como si fuera ruido de fondo, una distorsión molesta que empañaba la realidad. Se dio cuenta de que Julian no hablaba de "su" futuro, sino de "su" éxito. Cada frase

empezaba por "yo". Harper era simplemente la nota al pie de página, el trofeo silencioso que validaba su triunfo.

Finalmente, Julian se puso en pie, haciendo chocar su cuchara contra la copa de cristal para reclamar silencio. La sala enmudeció. Setenta pares de ojos, cargados de expectativas y juicios sociales, se clavaron en la pareja.

—Señoras, señores... amigos y familia —empezó Julian, expandiendo el pecho, su voz resonando con una seguridad impostada —. Mañana, por fin, daré el paso más importante de mi carrera... perdón, de mi vida.

Hubo unas cuantas risas complacientes ante su "lapsus".

—Muchos de vosotros sabéis que los últimos meses han sido frenéticos. Cerrar la fusión en Londres ha sido un desafío que ha requerido cada gramo de mi energía y mi visión estratégica — continuó Julian, ignorando por completo a Harper, que estaba sentada justo a su lado con la cabeza gacha —. Pero un hombre de negocios solo es tan fuerte como el legado que protege. Mi madre me enseñó que en Vance Dynamics no aceptamos un "no" por respuesta, y yo he aplicado esa misma tenacidad para asegurar no solo nuestra prosperidad financiera, sino el estatus de lo que significa ser un Vance en el siglo XXI.

Harper sintió una sacudida helada que no tenía nada que ver con el aire acondicionado. Julian seguía hablando de acciones, de márgenes de beneficio y de la "expansión del imperio familiar". La boda no era la unión de dos personas; era una consolidación de activos.

—...y por supuesto —añadió Julian como un pensamiento de última hora, posando una mano pesada y caliente sobre el hombro de Harper—, tengo a mi lado a la mujer que me recordará, cada noche en nuestro nuevo ático de Tribeca, que he tomado la decisión correcta. Harper es el complemento perfecto para la vida que he construido. Brindemos por el futuro, por el éxito y por la inquebrantable fuerza de la familia Vance.

Julian levantó su copa. Los invitados se unieron al brindis con entusiasmo mecánico. Harper, sin embargo, se quedó inmóvil. Sus dedos estaban entrelazados con tanta fuerza bajo la mesa que sentía los huesos de sus manos crujir.

En ese instante, Harper comprendió que casarse con Julian sería su muerte en vida. Sería convertirse en un mueble de lujo, en la nota al pie de una historia de la que ella no era protagonista. Miró a través de la mesa y sus ojos chocaron con los de Victoria.

Victoria ya no estaba hablando con el senador. Estaba observando a Harper con una intensidad que le cortó el aliento. Por un segundo fugaz, la máscara de la CEO se agrietó. En sus ojos oscuros no había desprecio, ni tampoco amor; había un reconocimiento amargo y brutal de la misma jaula en la que ella misma llevaba encerrada décadas. Fue un recordatorio silencioso de que Victoria estaba dispuesta a ver cómo Harper se asfixiaba con tal de no comprometer la estabilidad del imperio.

Harper sintió que el aire de la habitación se agotaba de golpe. El olor a orquídeas se volvió insoportable, como el de un velatorio.

Sin previo aviso, Harper se levantó en mitad del discurso, mientras Julian empezaba a contar una anécdota sobre su coche nuevo. El chirrido de su silla contra el suelo de madera resonó como un trueno en medio de la sala.

Julian se detuvo, confundido, con la copa a medio camino de los labios.

—¿Harper? ¿Qué haces? —preguntó él, su tono pasando de la euforia a la irritación en un microsegundo.

Harper no respondió. Ni siquiera lo miró. Su mirada estaba clavada en Victoria, que permanecía inmóvil, observándola con una fijeza depredadora.

Sin mediar palabra, Harper dio media vuelta y salió corriendo del comedor, cruzando el salón principal y las puertas francesas hacia la oscuridad del jardín. El peso de la seda esmeralda golpeaba sus

piernas mientras sus pulmones buscaban desesperadamente el aire salado y libre del océano. No se detuvo hasta que sintió la arena fría bajo sus pies y el rugido ensordecedor del Atlántico ahogando por fin las voces de la mansión.

-9-

La arena de los Hamptons, a esa hora de la noche, no era el polvo dorado y amable de los folletos turísticos. Bajo los pies descalzos de Harper, se sentía como una extensión de ceniza helada y húmeda que se le pegaba entre los dedos, entumeciéndole la piel con cada paso errático. Corría sin una dirección clara, alejándose de los ventanales iluminados de la mansión que, a lo lejos, parecían los ojos amarillos de un depredador observando su huida.

El estruendo del Atlántico era un muro de sonido absoluto, un rugido caótico que por fin lograba silenciar la voz de Julian, las risas de los invitados y el tintineo de los cubiertos de plata. Harper se detuvo cuando el agua, negra y espumosa, lamió sus tobillos, empapando el bajo de su vestido de seda esmeralda. El frío del océano fue un latigazo necesario; le devolvió la conciencia de su propio cuerpo, un cuerpo que durante días había sentido como una propiedad ajena en manos de la familia Vance.

Se dobló sobre sí misma, apoyando las manos en sus rodillas, y dejó que el primer sollozo escapara de su garganta. Fue un sonido animal, desgarrado, que se perdió inmediatamente en el viento salado. Lloraba de rabia, una rabia ardiente que le quemaba el pecho por haber permitido que Julian la redujera a un "complemento perfecto" durante el brindis. Pero, sobre todo, lloraba por la liberación de saber que el hilo que la ataba a ese mundo acababa de romperse con un chasquido definitivo.

—Sabía que estarías aquí.

La voz llegó desde atrás, filtrándose a través del ruido de las olas con una claridad que hizo que Harper se irguiera de golpe. No necesitó girarse para saber quién era. El rastro de sándalo y ozono

que siempre precedía a Victoria Vance se mezclaba ahora con el olor a algas y salitre del aire nocturno.

Victoria estaba de pie a unos tres metros de distancia, sobre la parte más seca de la orilla. El viento azotaba su traje azul noche, pegando la tela a sus piernas y deshaciendo el moño impecable que había lucido durante la cena. Varios mechones de cabello oscuro le cruzaban el rostro, dándole un aspecto inusualmente salvaje, casi desesperado.

Harper se giró lentamente. Tenía el rostro empapado de lágrimas y sal, el pañuelo Hermès colgando deshecho de su cuello y la seda verde del vestido manchada de arena negra.

—Vete de aquí, Victoria —dijo Harper. Su voz no tembló. Estaba seca, despojada de la calidez que había mostrado en la biblioteca o en la bodega.

—No puedes irte así —Victoria dio un paso hacia ella, ignorando que sus zapatos de diseño se hundían en la arena húmeda—. Julian está confundido. Los invitados están empezando a hacer preguntas. Eleanor está intentando controlar la narrativa, diciendo que ha sido un desvanecimiento por el estrés, pero...

—¿Pero qué? —Harper soltó una carcajada amarga, una nota discordante frente al océano—. ¿Te preocupa el control de daños? ¿Te preocupa que la futura nuera de oro haya salido corriendo en mitad del brindis de la mentira?

—Me preocupa lo que te estás haciendo a ti misma, Harper — Victoria acortó la distancia, sus ojos oscuros brillando bajo la luz de la luna con una intensidad febril.

—No, no te preocupes por mí. Tú ya dejaste claro anoche quién eres y qué represento para ti —Harper avanzó hacia ella, invadiendo su espacio vital con una ferocidad que hizo que la mujer mayor retrocediera un centímetro por puro instinto—. Eres una cobarde, Victoria. Una cobarde que se esconde detrás de un balance de resultados y de una empresa de ciberseguridad porque te aterroriza que alguien vea que tienes sangre en las venas y no solo hielo.

—No entiendes nada —susurró Victoria, su voz quebrando por fin la máscara de frialdad—. Hay demasiado en juego. Julian es mi hijo, la empresa es el legado de su padre...

—¡Julian es un extraño para ti! —gritó Harper, señalando hacia la mansión—. Lo oíste esta noche. No habló de amor, ni de nosotros, ni de una vida juntos. Habló de activos, de legados y de trofeos. Me mira y ve una inversión que ha dado beneficios sociales. Y tú... tú me miras y ves un error que hay que borrar del historial para no manchar el código.

Victoria intentó agarrarle el brazo, pero Harper la apartó con un movimiento brusco.

—No me toques. No vuelvas a tocarme nunca —la joven respiraba con dificultad, sintiendo cómo la rabia se transformaba en una claridad gélida—. Se acabó. Se acabó la farsa, se acabó el compromiso y se acabó mi presencia en esta casa de cristal. No voy a casarme con él. Mañana por la mañana no habrá boda.

El silencio que siguió a sus palabras fue más pesado que el rugido del mar. Victoria se quedó paralizada, con la mano suspendida en el aire, mientras la magnitud del desastre social y familiar que Harper acababa de anunciar se asentaba en su mente.

—Harper, piénsalo —insistió Victoria, su tono ahora casi suplicante—. El escándalo será absoluto. Tu familia está aquí, los medios estarán en la puerta... Julian no te perdonará esto. Te quedarás sin nada.

—Ya no tengo nada, Victoria. Lo perdí todo en el momento en que permití que tú y tu hijo decidierais quién debía ser yo —Harper se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, dejando un rastro de arena en su mejilla—. No quiero vuestro dinero, ni vuestro apellido, ni vuestra protección. Y sobre todo, no te quiero a ti. Prefiero volver a Chicago y pasarme el resto de mi vida pagando deudas que pasar un solo segundo más siendo el secreto sucio de una mujer que prefiere morir por dentro antes que admitir que está viva.

Harper dio media vuelta y comenzó a caminar de regreso hacia la duna, alejándose del agua y de la mujer que seguía de pie en la

orilla, pareciendo de pronto pequeña frente a la inmensidad del Atlántico.

—¡Harper! —gritó Victoria tras ella.

Harper no se detuvo. Caminó con la espalda recta, ignorando el dolor de las conchas rotas bajo sus pies, subiendo por el sendero lateral que llevaba a la entrada de servicio de la mansión. No quería encontrarse con ningún invitado, no quería ver la cara de Julian.

Entró en la casa por la puerta de la lavandería. El silencio allí era relativo; todavía se escuchaba el murmullo de la fiesta en el otro ala, pero los pasillos de servicio estaban desiertos. Subió la escalera trasera, la que usaban los empleados, y se escabulló hacia la planta superior.

Al llegar a su suite, el corazón le latía con una violencia sorda. Entró y cerró la puerta con el pestillo. La habitación estaba tal cual la había dejado: el vestido de novia colgado en su funda como un fantasma blanco, las joyas de los Vance sobre el tocador, y la opulencia asfixiante de cada mueble recordándole que estaba en una prisión de lujo.

Un golpe rítmico en la puerta de comunicación con la habitación de al lado la sobresaltó.

—Harper, soy yo. Ábreme.

Era Sloane. Harper abrió la puerta y su amiga entró de inmediato, cerrando tras de sí. Sloane no preguntó nada. Solo miró el estado desastroso del vestido verde de Harper y el brillo salvaje en sus ojos.

—He visto cómo salías disparada. Julian está abajo bebiendo como si el mundo se fuera a acabar y Eleanor está repartiendo Valiums como si fueran caramelos —Sloane agarró a Harper por los hombros—. ¿Qué vas a hacer?

—Me voy, Sloane. Ahora mismo. Ayúdame.

Sloane asintió, una sonrisa afilada y decidida apareciendo en sus labios.

—Ya era hora de que saliéramos de este mausoleo. He dejado mi coche en el aparcamiento trasero, cerca del cobertizo de herramientas. Las llaves están puestas.

Las dos mujeres comenzaron a moverse con una eficiencia frenética. Harper se despojó del vestido de seda esmeralda, dejándolo caer en el suelo como un residuo tóxico. Se puso unos vaqueros, sus botas militares desgastadas y un jersey negro de cuello alto. No se molestó en mirar las maletas de diseño que Eleanor le había comprado; en su lugar, sacó su vieja mochila de lona de debajo de la cama.

Metió lo básico: su ordenador, sus cuadernos de notas, tres mudas de ropa y el libro de poemas que Victoria le había criticado. El resto —la ropa de marca, los zapatos de cientos de dólares, los perfumes caros— se quedó allí, esparcido sobre el suelo como los restos de un naufragio.

Se detuvo frente al tocador. El anillo de compromiso, un diamante colosal que parecía burlarse de ella bajo la luz de la lámpara, descansaba en su caja de terciopelo. Harper lo cogió. Sintió el peso del metal frío en su palma. Durante un segundo, pensó en tirarlo por la ventana, pero decidió algo más definitivo.

Caminó hacia la inmensa cama de dos metros y medio de ancho. Colocó la caja del anillo justo en el centro del edredón de plumón inmaculado. Era un mensaje silencioso, un punto final que Julian no podría ignorar cuando subiera a buscarla.

—¿Lo tienes todo? —preguntó Sloane, asomando la cabeza por la puerta de comunicación.

—Todo lo que me pertenece de verdad.

Salieron de la suite con el sigilo de las sombras. Sloane la guio por el pasillo de servicio, bajando la escalera de caracol que daba al garaje. El aire del exterior, libre de la calefacción central, era cortante y revitalizador.

El viejo Volvo de Sloane esperaba en la penumbra del cobertizo. Harper se subió al asiento del copiloto, sintiendo el olor a tabaco y menta de su amiga como el aroma de la libertad. Sloane arrancó el motor, que rugió de forma gloriosa y fuera de lugar en aquel santuario de silencio, y aceleró por el camino de servicio, evitando la entrada principal donde la seguridad de los Vance seguía vigilando la llegada de los últimos invitados.

Harper miró por el retrovisor. La mansión se hacía pequeña, una mota de luz en medio de la negrura de los Hamptons. Sabía que en cuanto Julian subiera a la habitación y viera el anillo, o cuando Victoria regresara de la playa con la noticia de la ruptura, el caos sería absoluto. Los teléfonos empezarían a sonar, los abogados prepararían comunicados y el imperio de las apariencias de los Vance sufriría un golpe del que tardarían años en recuperarse.

Pero a ella ya no le importaba.

Apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla, viendo cómo las siluetas de los pinos desfilaban a toda velocidad. Por primera vez en meses, sus pulmones se expandieron por completo. No sabía dónde dormiría esa noche, ni cómo pagaría el alquiler de su próximo apartamento, ni qué cara pondría Liam Davies cuando apareciera en la editorial pidiendo trabajo después de haber cancelado la boda del siglo.

Sin embargo, mientras el coche de Sloane devoraba los kilómetros de asfalto alejándose de la jaula de cristal, Harper Delaney sonrió en la oscuridad. Había perdido la seguridad, pero acababa de recuperar su vida. Y ese era el único activo que realmente valía la pena conservar.

-10-

El cristal reforzado de la planta cuarenta y cinco de la torre *Vance Dynamics*, en pleno corazón financiero de Manhattan, no vibraba. Estaba diseñado para silenciar el mundo, para filtrar el rugido constante de Nueva York y convertirlo en una película muda y lejana de luces de neón y tráfico frenético. Sin embargo, Victoria Vance sentía que el silencio de su despacho era, en realidad, un zumbido ensordecedor que le presionaba las sienes con la fuerza de una prensa hidráulica.

Habían pasado veintiún días. Tres semanas exactas desde que el caos estalló en los Hamptons. Tres semanas desde que entró en la suite nupcial, tras regresar de la playa con los zapatos arruinados por el salitre y el alma hecha jirones, para encontrar una caja de terciopelo abierta sobre el edredón de plumón inmaculado. El diamante del anillo de compromiso había brillado bajo la luz de las lámparas como un ojo acusador, frío y ciego.

Victoria estaba sentada tras su escritorio de obsidiana pulida. Frente a ella, una taza de café doble, negro y amargo, se había enfriado hasta formar una película aceitosa en la superficie. No lo había probado. Sus dedos, largos y adornados solo por el reloj de acero que marcaba los segundos con una precisión despiadada, tamborileaban rítmicamente sobre la superficie oscura.

Bajo la apariencia de la CEO implacable, la mujer que esa misma mañana había despedido a dos directores regionales por no alcanzar las cuotas de seguridad en el mercado asiático sin que le temblara el pulso, Victoria se estaba hundiendo. Era una depresión que no se manifestaba con lágrimas —Victoria Vance no lloraba desde el funeral de su marido—, sino con una apatía grisácea que lo teñía todo. La comida le sabía a metal, el aire de la oficina le parecía

viciado y, cada vez que cerraba los ojos, el olor a sándalo de su propia piel le devolvía el recuerdo de la suavidad del cuello de Harper, de su respiración entrecortada y de la mirada de desprecio absoluto que le había lanzado en la orilla del mar.

«Cobarde», le había dicho. Y la palabra seguía clavada en su esternón, infectándose.

La puerta de su despacho, una mole de madera de nogal con aislamiento acústico, se abrió tras un breve y seco aviso en el intercomunicador. No fue una de sus asistentes. Fue Marcus Thorne.

El Director Financiero de *Vance Dynamics* era un hombre que parecía haber sido diseñado con regla y cartabón. Meticuloso, de unos cincuenta años, con trajes que siempre parecían recién salidos de la sastrería y una lealtad hacia Victoria que rozaba la devoción religiosa. Era el confidente más antiguo de la familia, el hombre que conocía los secretos de cada balance y cada cuenta *offshore* de la empresa.

—Victoria —dijo Marcus, cerrando la puerta tras de sí. El simple hecho de que no usara su título profesional y de que echara el pestillo manual de la puerta puso a Victoria en alerta máxima.

—Marcus. Supongo que no vienes a hablarme de la caída de las acciones de esta mañana —Victoria se reclinó en su sillón ergonómico de cuero, entrelazando los dedos sobre el estómago. Sus ojos oscuros, expertos en detectar debilidades, escrutaron el rostro inusualmente pálido de su CFO.

—Ojalá fuera eso —Marcus avanzó por la alfombra de lana gris humo y dejó un dossier de cuero negro sobre el escritorio. No lo deslizó; lo posó con una pesadez deliberada.

Victoria observó la carpeta. No tenía sellos, ni logotipos de la empresa. Era un documento fantasma.

—Llevo meses notando discrepancias en las cuentas de la filial de gestión de activos de Londres —empezó Marcus, manteniéndose en pie, con las manos entrelazadas a la espalda—. Al principio pensé

que eran simples errores de redondeo o retrasos en las transferencias de capital tras la fusión. Pero hace tres semanas, tras el... incidente en los Hamptons, decidí profundizar. Aproveché que Julian estaba distraído con la ruptura y la presión mediática para auditar las cuentas secundarias sin que el equipo de sistemas de Londres diera la alarma.

Victoria sintió una punzada de frío húmedo instalándose en la base de su nuca.

—¿Qué has encontrado, Marcus? Ve al grano. No tengo paciencia para preámbulos contables hoy.

—Julian lleva dos años desfalcando capital de forma sistemática —soltó Marcus sin anestesia.

El silencio que siguió a la frase fue absoluto. Victoria no parpadeó. Su rostro, entrenado en mil batallas corporativas, no mostró ni una grieta de sorpresa, pero bajo la mesa, sus uñas se clavaron en las palmas de sus manos.

—Explícate —ordenó con una voz que sonó como el crujido del hielo al romperse.

—Ha creado una red de empresas pantalla en las Islas Caimán y en Delaware —Marcus abrió el dossier y comenzó a pasar páginas repletas de gráficos de transferencias, números de serie de carteras digitales y extractos bancarios—. Utilizaba las facturas de servicios de consultoría ficticios para desviar fondos de la filial. No eran cantidades pequeñas, Victoria. Estamos hablando de un goteo constante de cientos de miles de dólares al mes que, sumados en veinticuatro meses, superan los ocho millones.

Victoria se inclinó hacia delante, agarrando una de las hojas. Sus ojos recorrieron las cifras con una agilidad matemática.

—¿Para qué? —preguntó, aunque en el fondo de su mente, una sospecha oscura empezaba a tomar forma—. Julian tiene un sueldo de siete cifras, un fondo fiduciario y acceso a capital privado. No necesitaba robarme para vivir.

—Necesitaba robarte para mantener la ilusión —replicó Marcus con una nota de lástima que Victoria odió—. Tu hijo tiene un problema grave, Victoria. Hace dos años, se metió de lleno en el mercado de criptomonedas de alto riesgo. Apuestas apalancadas, movimientos especulativos sin ninguna base técnica. Cuando el mercado se desplomó el invierno pasado, sus pérdidas fueron catastróficas. Casi cuatro millones desaparecieron en una semana.

Victoria soltó la hoja, que planeó sobre la mesa como un ala rota.

—En lugar de venir a mí, en lugar de admitir el error... decidió saquear la empresa —susurró ella, sintiendo una náusea creciente.

—Exacto. Usó el capital desviado para cubrir los márgenes de pérdida y para mantener su estilo de vida. El ático de Tribeca, el coche nuevo que presumió en la cena de ensayo, los relojes, las fiestas en Londres... Todo ha sido pagado con dinero robado a *Vance Dynamics*. Con dinero de los accionistas. Con tu dinero.

Victoria se puso en pie bruscamente. Caminó hacia el ventanal, dándole la espalda a Marcus. Desde allí, la gente de Nueva York parecía hormigas afanadas en sus vidas insignificantes. Recordó el brindis de Julian en la cena de ensayo. Recordó su voz engolada hablando de "legado", de "prosperidad financiera" y de cómo él era el hombre adecuado para proteger el estatus de los Vance.

Había sido una mentira. Cada palabra, cada gesto de suficiencia, cada mirada condescendiente hacia Harper... todo era una fachada podrida para ocultar que era un criminal común que saqueaba la caja de su propia madre.

Y ella... ella había destruido a Harper por proteger eso.

Había expulsado a la única persona que le había hecho sentir algo real en una década, la había llamado arribista, la había humillado con la palabra "fricción" y la había dejado rota en una playa por proteger la imagen de un hijo que la estaba traicionando por la espalda. El sacrificio de su propia felicidad, la aniquilación de su deseo y la traición a Harper no habían servido para salvar un

imperio, sino para financiar la vanidad y la incompetencia de un ludópata corporativo.

—Hay algo más —dijo la voz de Marcus a sus espaldas, rompiendo su monólogo interno.

Victoria no se giró. Se quedó apoyada con una mano en el cristal frío.

—Dime.

—Julian no actuaba solo. Al parecer, amenazó a dos contables de nivel medio en Londres para que falsificaran las firmas de validación. Si esto sale a la luz, si la Comisión de Bolsa y Valores (SEC) mete las narices antes de que lo arreglemos internamente... la empresa se hundirá. El escándalo de nepotismo y fraude acabaría con el valor de las acciones en cuestión de horas.

—¿Alguien más lo sabe? —Victoria se giró. Sus ojos ya no estaban vacíos; estaban encendidos con una furia fría, el tipo de fuego que no alumbra, sino que consume el oxígeno a su alrededor.

—Solo yo. Y mi equipo forense de confianza, que cree que estamos haciendo una auditoría rutinaria de fusión.

—Quiero que prepares toda la documentación para una transferencia de activos privada desde el fondo personal de Julian —Victoria caminó de regreso a su escritorio, cada paso resonando en el silencio como un tambor de guerra—. Vamos a recuperar cada centavo. Y quiero que redactes un acuerdo de rescisión inmediata de todas sus funciones en la empresa.

—¿Vas a denunciarlo? —preguntó Marcus, sorprendido por la rapidez de la decisión.

Victoria guardó silencio un segundo. Pensó en Julian, en su rostro infantil cuando era pequeño, en la promesa que le hizo a su marido en el lecho de muerte de cuidar de su legado. Pero luego pensó en Harper. Pensó en la verdad.

—No voy a denunciarlo ante las autoridades todavía. No puedo permitir que la empresa muera. Pero voy a aniquilarlo social y financieramente. Julian Vance va a aprender que el apellido que tanto le gusta lucir tiene un precio que no puede pagar.

Marcus asintió, recogió el dossier y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se detuvo y miró a Victoria.

—Siento mucho que esto haya pasado, Victoria. Sé lo que esperabas de él.

—No sientas nada, Marcus. Las expectativas son solo fallos de cálculo emocional.

Cuando la puerta se cerró, Victoria se desplomó en su sillón. La adrenalina de la gestión de crisis empezó a decaer, dejando paso a una lucidez dolorosa. Agarró su teléfono personal del cajón del escritorio. Durante las últimas tres semanas, había tenido el número de Harper en la pantalla de marcación rápida docenas de veces, pero nunca se había atrevido a pulsar el botón.

¿Qué le diría? "¿Tenías razón, mi hijo es un fraude y yo una idiota que sacrificó lo único auténtico que he tenido por una mentira?"

Abrió el buscador y tecleó un nombre que Sloane Kensington le había mencionado una vez, meses atrás, casi por accidente: *Davies & Sons Editorial*.

La búsqueda arrojó resultados de inmediato. Una pequeña editorial independiente en el Soho, especializada en ficción contemporánea y poesía. Victoria bajó el cursor por la página de "Nuestro Equipo". No había fotos, pero allí estaba el nombre: *Harper Delaney – Editora Asistente*.

Victoria sintió un pinchazo en el pecho. Harper lo había logrado. Había vuelto a su mundo, al mundo de la tinta y las ideas, lejos de la seda esmeralda y el Châteauneuf-du-Pape. Había recuperado su vida mientras Victoria seguía atrapada en su torre de cristal, rodeada de balances falsificados y de la podredumbre de su propia familia.

Se levantó del escritorio, pero esta vez sus movimientos no eran mecánicos. Se acercó al espejo de cuerpo entero oculto tras una de las puertas del armario del despacho. Observó su reflejo. La CEO de *Vance Dynamics* se veía impecable, con su traje de sastre gris y su moño perfecto. Pero Victoria buscó algo más. Buscó a la mujer que se había dejado llevar por sus instintos en la bodega, la mujer que había sentido fuego en las venas.

—Auditado —murmuró para sí misma.

El corazón de Victoria Vance, un órgano que ella misma había considerado un activo amortizado, acababa de ser sometido a la auditoría más brutal de su existencia. Y el resultado era un déficit absoluto que solo una persona en el mundo podía cubrir.

Se ajustó la solapa de la chaqueta, agarró su bolso y salió del despacho.

—Señora Vance, tiene la reunión con los inversores de Tokio en diez minutos —dijo su secretaria, levantándose del escritorio al verla pasar.

—Cancélala —respondió Victoria sin detenerse, caminando hacia el ascensor privado—. Cancélalo todo, Sarah. Tengo un asunto personal que no admite más demora.

Mientras bajaba en el ascensor, viendo descender los números de las plantas en el panel digital, Victoria no pensaba en Julian, ni en los millones desfalcados, ni en la SEC. Pensaba en el olor de una pequeña oficina en el Soho, en el sonido de las hojas de papel al pasar y en la mirada gris de Harper Delaney.

La auditoría financiera había terminado, pero la auditoría del alma acababa de empezar. Y Victoria estaba dispuesta a pagar cualquier precio para recuperar el control de su propio destino.

-11-

El aire acondicionado del despacho de la planta cuarenta y cinco siseaba con una regularidad casi hipnótica, un sonido blanco que intentaba, sin éxito, camuflar la tensión eléctrica que cargaba la estancia. Victoria Vance permanecía sentada tras su escritorio de obsidiana, con la espalda tan recta que parecía fundida con la estructura del sillón. Delante de ella, el dossier de cuero negro que Marcus Thorne le había entregado el día anterior descansaba como una granada a la que alguien le hubiera quitado la anilla.

Había pasado la noche en vela, pero no por la angustia maternal que hubiera cabido esperar. Al contrario, una extraña y gélida lucidez se había instalado en su cerebro. Había repasado cada transferencia, cada empresa pantalla en las Caimán, cada mentira que Julian le había contado durante los últimos dos años mientras la miraba a los ojos. La decepción era una palabra demasiado pequeña; lo que sentía Victoria era una desafección absoluta, una ruptura de los últimos hilos que la unían a la idea del deber familiar.

Cuando escuchó el sonido de los tacones de su secretaria en el pasillo exterior, Victoria cerró los ojos un segundo. Inhaló el aroma a sándalo de su propia muñeca, un gesto que se había convertido en su único ancla de cordura, y se preparó para la ejecución.

—El señor Julian Vance está aquí, señora —anunció la voz de Sarah a través del intercomunicador.

—Que pase. Y Sarah, asegúrate de que no nos interrumpan. Bajo ningún concepto.

La puerta de nogal se abrió con un estrépito innecesario. Julian entró en el despacho con su habitual aire de dueño del mundo, aunque su aspecto delataba la decadencia de las últimas semanas.

Llevaba un traje azul marino que, aunque caro, parecía colgarle de forma extraña sobre los hombros. Tenía la piel del rostro cetrina, unas bolsas violáceas bajo los ojos que ni el mejor descanso podría ocultar y un ligero temblor en las manos que intentaba camuflar metiéndolas en los bolsillos del pantalón.

—Madre —dijo Julian, dejando caer su bolsa de cuero sobre uno de los sillones de invitados—. Gracias por recibirme. He intentado llamarte diez veces esta mañana, pero parece que tu guardia pretoriana ha recibido órdenes de filtrarme.

Victoria no respondió de inmediato. Lo observó caminar por la estancia, analizando su lenguaje corporal con la misma frialdad con la que auditaría un servidor infectado por un virus. Julian se acercó al mueble bar, ignorando la atmósfera gélida, y se sirvió un vaso de agua mineral con manos rápidas.

—Estamos en un momento crítico, madre —continuó Julian, girándose hacia ella con una expresión que pretendía ser de pesadumbre—. La prensa no deja de acosar al departamento de comunicación. La huida de Harper ha dejado un vacío narrativo que los tabloides están llenando con basura. Dicen que se fue con un amante, otros que yo la abandoné en el altar... Es una pesadilla de relaciones públicas.

Victoria seguía en silencio, manteniendo sus manos entrelazadas sobre la superficie de obsidiana.

—He pensado que lo mejor es que me envíes a la oficina de Singapur un par de meses —dijo Julian, sentándose por fin frente a ella, inclinándose hacia delante con esa sonrisa de "chico de oro" que siempre le había servido para obtener lo que quería—. Necesito alejarme del ruido de Nueva York. Además, allí puedo supervisar la expansión tecnológica personalmente. Es una victoria para todos. Yo desaparezco del radar mediático y la empresa gana presencia directa de un Vance en Asia.

—¿Te has preguntado por qué se fue, Julian? —preguntó Victoria por primera vez. Su voz era un susurro ronco, desprovisto de cualquier

calidez.

Julian bufó, dejando el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—Es obvio, ¿no? Harper nunca estuvo a nuestra altura. El pánico la superó. Era una chica de clase media que se vio envuelta en una realidad que le quedaba grande. Me ha traicionado de la forma más pública y humillante posible, madre. Me ha dejado como un idiota frente a toda la élite de Manhattan. ¿Sabes lo que es eso? Soy la víctima en todo este desastre. Mi carrera, mi imagen... todo está manchado por su inmadurez.

Victoria sintió una punzada de náusea física al escucharlo. La forma en que Julian utilizaba la huida de Harper para alimentar su propio narcisismo, la ceguera absoluta ante sus propios fallos, era la confirmación final de que no quedaba nada que salvar en él.

—Eres un actor mediocre, Julian —dijo Victoria, su voz elevándose apenas un tono, lo justo para que las palabras sonaran como latigazos—. Y lo que es peor: eres un estafador negligente.

Julian se tensó. Su sonrisa vaciló, pero no se rompió del todo.

—No sé de qué estás hablando. Si es por el trato de Londres, ya te dije que la liquidez inmediata era la prioridad...

—No hablo de Londres. Hablo de esto.

Victoria, fría como el acero, agarró el dossier de cuero negro y lo lanzó sobre la mesa de obsidiana. El impacto fue seco, un sonido definitivo que pareció absorber todo el aire del despacho. La carpeta se deslizó hasta detenerse justo frente a las manos de Julian.

—Ábrelo —ordenó Victoria.

Julian dudó. Sus ojos azules saltaron del rostro de mármol de su madre al dossier. Con dedos que ahora temblaban de forma visible, abrió la carpeta. Victoria observó cómo sus pupilas se dilataban mientras recorría las primeras páginas. Vio el momento exacto en que la sangre abandonó sus mejillas, dejándolo de un color gris ceniza.

—Madre, yo... esto es un error de interpretación contable —balbuceó Julian, pasando las páginas con frenesí, buscando una salida, una excusa, un cable al que agarrarse—. Marcus siempre ha sido demasiado estricto con los fondos de gestión interna. Esto son solo transferencias puente para cubrir operaciones de alto riesgo que iban a beneficiar a la empresa a largo plazo...

—Ocho millones de dólares, Julian —interrumpió Victoria, su voz era ahora un filo de obsidiana—. Ocho millones robados sistemáticamente durante dos años para cubrir tus apuestas estúpidas en criptomonedas y para pagar un estilo de vida que no te podías permitir sin saquear mi caja. Has falsificado firmas, has amenazado a empleados y has puesto en riesgo la integridad legal de *Vance Dynamics* por pura vanidad.

—¡Lo iba a devolver! —gritó Julian, poniéndose en pie bruscamente, el dossier cayendo de sus rodillas—. ¡El mercado iba a subir! Solo necesitaba un poco más de tiempo. Harper me estaba asfixiando con sus necesidades, la boda iba a costar una fortuna, la tía Eleanor no paraba de exigir... ¡Todo el mundo quería algo de mí!

Al comprobar que a su hijo solo le importaba perder su red de seguridad financiera, la última venda cayó de los ojos de Victoria. No vio a un hombre arrepentido, no vio a un hijo pidiendo perdón por traicionar su confianza. Vio a un parásito acorralado que solo lamentaba que lo hubieran pillado.

La culpa que Victoria había arrastrado durante años —la culpa por haber sido una madre distante, por haber priorizado el imperio sobre las cenas familiares, por no haber sabido llenar el vacío que dejó su padre— se evaporó en ese preciso instante. Fue una combustión espontánea y liberadora. Ya no hay culpa, solo asco.

—Cállate —dijo Victoria. No gritó, pero la intensidad de su desprecio fue tal que Julian se desplomó de nuevo en el sillón como si lo hubieran golpeado físicamente—. No vuelvas a mencionar el nombre de Harper. Tú no eres digno ni de pronunciar su nombre. Ella se fue

porque tuvo la decencia que tú nunca tendrás. Se fue porque vio la podredumbre de esta familia antes que yo.

—Madre, por favor... —Julian comenzó a llorar, un llanto patético y ensayado que Victoria reconoció de sus berrinches de infancia—. No puedes hacerme esto. Si esto sale a la luz, estoy acabado. Nadie en la ciudad volverá a darme trabajo. Acabaré en la calle.

—No vas a acabar en la calle, Julian. Porque vas a firmar ahora mismo la renuncia a todas tus acciones y a todos tus derechos sucesorios. He dado instrucciones a Marcus para que vacíe tu fondo fiduciario para cubrir el agujero que has dejado. Te quedarás con lo puesto y con el saldo de tu cuenta personal, que espero sea suficiente para que te busques un motel barato fuera de este estado.

Julian la miró con puro terror.

—¿Me estás desheredando? ¿Por unos millones que son calderilla para ti? ¡Soy tu hijo!

—Ya no —Victoria se puso en pie, rodeando el escritorio de obsidiana con la elegancia de una pantera—. A partir de este momento, eres un antiguo empleado con antecedentes penales en suspenso.

Victoria se detuvo a escasos centímetros de él. Julian intentó agarrarle la mano, buscando una última conexión filial, pero ella retrocedió como si el contacto fuera a infectarla.

—Escúchame bien, Julian —Victoria bajó la voz hasta que solo fue un susurro letal—. Si vuelves a poner un pie en este edificio, si intentas contactar conmigo o con cualquier miembro de la junta directiva, o si se te ocurre molestar a Harper Delaney allá donde esté... entregaré este dossier personalmente a la fiscalía de distrito. Y te garantizo que Marcus Thorne testificaría con gusto para verte pasar diez años en una prisión federal. ¿Ha quedado claro?

Julian asintió, sollozando, con la cabeza gacha. El "chico de oro" de los Hamptons se había convertido en un montón de ropa cara y promesas rotas.

—Firma —Victoria señaló unos documentos que estaban en una esquina del escritorio, preparados por Marcus esa misma mañana.

Julian firmó. Sus manos temblaban tanto que la rúbrica apenas era legible, un garabato que ponía fin a su vida de privilegio. Cuando terminó, Victoria recogió los papeles con un movimiento seco.

—Ahora, vete. Sarah tiene tus cosas personales en una caja en la recepción. No vuelvas nunca.

Julian se levantó, tambaleándose. Caminó hacia la puerta sin mirar atrás, con los hombros hundidos. Al salir del despacho, no hubo drama, ni gritos finales. Solo el sonido de la puerta de nogal cerrándose tras él.

Al salir Julian del despacho, Victoria sintió una ligereza absoluta. Era libre.

Victoria regresó a su sillón y se dejó caer en él. No se sentía cansada. Por primera vez en diez años, sentía que sus pulmones se expandían por completo. El peso del "legado", la farsa de la familia perfecta y la obligación de proteger a un hijo que no lo merecía habían desaparecido. El despacho, antes una celda de lujo, ahora le parecía inmenso, lleno de posibilidades.

Caminó hacia el ventanal y observó Nueva York. El sol de la tarde bañaba los rascacielos con una luz dorada y cálida. Victoria Vance, la mujer de hierro, la viuda gélida, la CEO implacable, ya no existía. Solo quedaba Victoria. Una mujer que acababa de cortar el último lastre que la mantenía anclada a una vida que odiaba.

Sacó su teléfono del bolsillo y miró la dirección de la editorial en el Soho que Marcus le había confirmado. Ya no había impedimentos. Ya no había deudas morales. Ya no había nada que la detuviera.

Victoria sonrió por primera vez en semanas. Una sonrisa real, depredadora y llena de propósito. La auditoría había terminado y el balance era claro: por fin era dueña de su propio destino. Y su destino tenía un nombre que no podía esperar a pronunciar de nuevo.

-12-

El Soho a las diez de la noche de un viernes de octubre era un organismo vivo, una amalgama de luces de neón reflejadas en el asfalto mojado y el murmullo constante de la gente que buscaba refugio en los bares de cócteles cercanos. Sin embargo, dentro de las oficinas de *Davies & Sons*, el tiempo parecía haberse detenido en una burbuja de papel y silencio reconfortante. El aire olía a lo que Harper Delaney siempre había considerado el aroma del hogar: una mezcla de tinta fresca, pegamento de encuadernación, café recalentado y madera antigua.

Harper estaba sentada frente a su escritorio, una superficie de roble recuperado que, a diferencia de la pulcritud quirúrgica de los muebles de la mansión Vance, estaba cubierta de pruebas de imprenta, notas adhesivas de colores y tazas vacías. Llevaba unas gafas de lectura de montura fina que solían resbalar por el puente de su nariz y un jersey de lana gris demasiado grande que la hacía sentir protegida.

Liam Davies, su jefe, se había marchado hacía una hora, dándole una palmada afectuosa en el hombro y recordándole que no se quedara hasta la madrugada. Liam era todo lo que Julian Vance nunca sería: un hombre que valoraba el matiz de una frase, que respetaba el silencio del proceso creativo y que, desde el primer día, la había tratado como a una igual, valorando su ojo crítico y su capacidad para desenterrar la belleza en los manuscritos más ásperos.

Harper exhaló un suspiro largo y satisfactorio mientras corregía una línea en un poema de un autor novel de Vermont. Se sentía, por primera vez en su vida adulta, auténtica. No había contratos de confidencialidad, no había tías estiradas criticando su origen, ni

prometidos que la trataran como un activo social. Había reconstruido su vida desde los cimientos, viviendo en un estudio minúsculo en Brooklyn donde el metro hacía vibrar las ventanas cada quince minutos, pero donde cada objeto, desde la cafetera barata hasta la cama deshecha, le pertenecía solo a ella.

Sin embargo, en las grietas de su nueva felicidad, siempre acechaba el fantasma. No el de Julian —a quien había borrado de su mente con la eficacia de un cirujano—, sino el de la mujer que la había destrozado y despertado a la vez. Victoria.

Harper estiró los brazos sobre la cabeza y, al hacerlo, el cuello de su jersey se deslizó hacia un lado, exponiendo la piel de su clavícula. Aunque el hematoma violáceo de los Hamptons había desaparecido hacía meses, Harper todavía podía sentir, en las noches de tormenta, la presión de los dientes de Victoria y el calor abrasador de sus labios.

De repente, un cambio sutil en el ambiente hizo que el vello de sus antebrazos se erizara. No fue un ruido; el edificio era viejo y crujía constantemente. Fue el aroma.

Un rastro denso, amaderado, con notas de resina y un trasfondo cítrico muy sofisticado. Sándalo. Un sándalo que no pertenecía a una vela barata ni a un ambientador de oficina, sino que emanaba directamente de la piel de alguien que acababa de entrar en la habitación.

Harper se quedó helada, con el bolígrafo rojo suspendido sobre el papel. Su corazón, que durante meses había mantenido un ritmo tranquilo y funcional, dio un vuelco violento, golpeando contra su caja torácica con una fuerza que le hizo perder el aliento. Lentamente, como si temiera que el movimiento pudiera romper la realidad, levantó la vista.

Victoria Vance estaba de pie en el umbral de la puerta de cristal de la oficina.

No llevaba el traje de sastre gris de la última vez que la vio en Manhattan. Vestía una gabardina de cuero negro de corte impecable,

abierta sobre un vestido de seda granate que se ceñía a sus curvas con una elegancia depredadora. Su cabello oscuro estaba algo más largo, peinado en ondas suaves que le daban un aspecto menos rígido, casi vulnerable bajo la luz amarillenta del flexo.

Pero eran sus ojos lo que detuvo el mundo de Harper. Ya no eran dos pozos de hielo negro. Estaban encendidos, cargados de una mezcla de hambre, arrepentimiento y una determinación que hizo que Harper se sintiera de nuevo como una presa acorralada frente a una leona que no pensaba dejarla escapar.

—El edificio estaba abierto abajo —dijo Victoria. Su voz, esa vibración grave y rasposa que Harper había escuchado en sus sueños más febriles, cortó el silencio de la oficina como un bisturí—. Supongo que la seguridad de las editoriales independientes deja mucho que desear.

Harper tragó saliva, sintiendo la boca seca. Se quitó las gafas con manos temblorosas y las dejó sobre el manuscrito.

—¿Qué haces aquí, Victoria? —logró decir. Su voz sonaba más firme de lo que se sentía internamente.

Victoria avanzó por la oficina, rodeando las mesas de los otros editores con una gracia felina. Sus tacones de aguja apenas hacían ruido sobre la alfombra gastada. Se detuvo a dos metros del escritorio de Harper, hundiendo las manos en los bolsillos de su gabardina.

—He pasado los últimos cuatro meses intentando convencerme de que el silencio era la decisión correcta —comenzó Victoria, manteniendo la mirada fija en Harper—. He intentado convencerme de que estabas mejor sin mí, de que mi mundo solo te traería más destrucción. Pero el silencio es una tumba, Harper. Y yo no estoy lista para morir todavía.

Harper soltó una risa seca, cargada de amargura.

—Vienes aquí después de lo que me dijiste en ese despacho... después de llamarme histérica, de decirme que solo era un juego

para abrirme las piernas... ¿y esperas que te invite a un café?

Victoria cerró los ojos un segundo, y Harper vio, por primera vez, una grieta real de dolor cruzar su rostro.

—Te mentí —confesó Victoria, dando un paso más hacia ella—. Te mentí porque tenía miedo. Tenía un miedo paralizante a perder el control, a que el imperio que construí se desmoronara por un escándalo. Fui una cobarde, Harper. Una cobarde que prefirió quemar su propia alma antes que admitir que el fuego que tú encendiste era lo único real que había sentido en una década.

—¿Y qué ha cambiado ahora? —preguntó Harper, poniéndose en pie, apoyando las manos en el escritorio para no tambalearse—. ¿De repente ya no te importa tu empresa? ¿Ya no te importa Julian?

Victoria soltó un suspiro que pareció una exhalación de meses de presión acumulada.

—Julian ya no forma parte de mi vida. Descubrí lo que estaba haciendo. Desfalcó millones a la empresa para cubrir sus pérdidas en criptomonedas y mantener su farsa de éxito. Marcus me trajo las pruebas hace unas semanas. Lo he despojado de todo, Harper. Lo he desheredado, lo he echado de *Vance Dynamics* y le he dejado claro que si vuelve a acercarse a ti o a mí, pasará el resto de su vida en una celda federal.

Harper parpadeó, procesando la noticia. La caída del "chico de oro" debería haberle dado satisfacción, pero lo único que sentía era la intensidad de la presencia de Victoria, que ahora estaba a menos de un metro de distancia.

—Siento no haberte creído —continuó Victoria, su voz bajando a un susurro que hizo que a Harper se le erizara la piel—. Tenías razón sobre él. Y tenías razón sobre mí. No he dejado de pensar en ti ni un solo segundo. En cómo te sentías en mis brazos, en cómo me mirabas... He buscado tu rastro en cada calle de esta ciudad, en cada rostro. Estaba volviéndome loca.

Harper sintió que sus defensas, construidas con tanto esfuerzo durante los últimos meses, empezaban a desmoronarse como arena bajo la marea. El olor de Victoria la estaba embriagando, nublándole el juicio.

—Me destrozaste, Victoria —susurró Harper, sintiendo las lágrimas picar en sus ojos—. Me dejaste sola en esa playa después de haberme abierto entera ante ti.

Victoria alargó la mano, pero no llegó a tocarla. Sus dedos temblaron en el aire, a escasos centímetros de la mejilla de Harper.

—Lo sé. Y es el mayor error de mi vida. He venido aquí a pedirte perdón, no porque crea que lo merezco, sino porque no puedo seguir respirando si no lo intento. He dejado la dirección operativa de la empresa en manos de Marcus. Ya no tengo cadenas, Harper. Solo te tengo a ti, si es que todavía queda algo de aquel fuego en tu interior.

Harper observó la vulnerabilidad en los ojos de la mujer más poderosa que había conocido. El contraste era devastador. Ya no había rastro de la CEO implacable; solo había una mujer desnuda emocionalmente, suplicando por una redención que ninguna de las dos sabía si era posible.

Sin decir una palabra, Harper rodeó el escritorio. Se detuvo frente a Victoria, sintiendo el calor que emanaba de su cuerpo. El espacio entre ellas estaba cargado de una electricidad estática tan densa que el aire parecía vibrar.

Victoria no esperó más. Se giró hacia la puerta de la oficina, la cerró con llave con un clic definitivo y bajó la persiana de lamas que daba al pasillo. Luego, se volvió hacia Harper.

—No voy a volver a dejarte ir —declaró Victoria.

Dio un paso rápido, agarró a Harper por la cintura y la atrajo hacia sí con una fuerza posesiva que hizo que Harper soltara un gemido ahogado. Victoria no buscó sus labios de inmediato. Enterró el rostro

en el hueco del cuello de Harper, inhalando profundamente, como un náufrago que por fin llega a tierra firme.

—Hueles a papel y a libertad —murmuró Victoria contra su piel, sus labios rozando la clavícula de la joven.

Harper sintió que sus piernas fallaban. Rodeó el cuello de Victoria con sus brazos, hundiendo los dedos en su cabello oscuro, atrayéndola aún más. La necesidad, reprimida durante meses de soledad y orgullo, estalló como una presa rota.

Victoria levantó la cabeza y sus ojos chocaron. No hubo más palabras. Victoria estrelló su boca contra la de Harper en un beso salvaje, desesperado y devorador. Era un beso que sabía a perdón y a hambre acumulada. La lengua de Victoria invadió la boca de Harper con una autoridad que no admitía réplica, reclamando cada rincón como si fuera su territorio legítimo.

Harper respondió con la misma ferocidad, mordiendo el labio inferior de Victoria, saboreando el brillo de la mujer mayor. Sus manos bajaron por la espalda de Victoria, sintiendo el cuero suave de la gabardina y la seda del vestido debajo, apretando con una urgencia que le quemaba las palmas.

Victoria la empujó hacia atrás, despejando el escritorio de Harper de un manotazo violento. El manuscrito, las pruebas de imprenta y las tazas vacías volaron por los aires, cayendo al suelo con un estrépito sordo que ninguna de las dos escuchó. Victoria levantó a Harper por los muslos con una fuerza asombrosa y la sentó sobre el roble del escritorio.

Harper rodeó la cintura de Victoria con sus piernas, atrayéndola entre sus muslos. El contacto de la gabardina fría contra el interior de sus piernas la hizo jadear.

—Te he echado tanto de menos que duele —gruñó Victoria contra sus labios, su voz bajando a un nivel gutural mientras sus manos subían por los muslos de Harper, levantando el jersey de lana gris.

Victoria despojó a Harper del jersey con movimientos expertos, lanzándolo a un rincón de la oficina. Harper quedó en sujetador, su piel pálida brillando bajo la luz mortecina del Soho. Victoria se detuvo un segundo, observándola con una intensidad que hizo que Harper se sintiera consumida.

—Eres tan hermosa —susurró Victoria.

Sus manos, calientes y firmes, se cerraron sobre los pechos de Harper, amasándolos a través del encaje. Sus pulgares rozaron los pezones, que se tensaron de inmediato bajo el estímulo. Harper arqueó la espalda, echando la cabeza hacia atrás, dejando que un gemido largo y sonoro escapara de su garganta.

Victoria bajó la cabeza, capturando uno de los pezones con su boca a través de la tela, succionando con una fuerza que envió una descarga de placer líquido directamente al bajo vientre de Harper. La otra mano de Victoria bajó hacia la cremallera de los vaqueros de Harper, bajándola con un siseo metálico que sonó como música en el silencio de la oficina.

Harper ayudó a Victoria a deshacerse de su gabardina de cuero, que cayó al suelo junto al jersey. El vestido de seda granate de Victoria era una obra de arte, pero Harper solo quería sentir la piel debajo. Buscó la cremallera en la espalda de la mujer mayor y la bajó, dejando que la seda se deslizara por los hombros de Victoria, revelando un conjunto de lencería negra que acentuaba su figura madura y poderosa.

El cuerpo de Victoria era un mapa de fuerza y disciplina. Sus hombros eran anchos, su vientre plano y sus pechos, firmes y llenos, parecían invitar a la profanación. Harper pasó las manos por su espalda, sintiendo la suavidad de la piel y la firmeza de la musculatura.

—Mírame, Harper —exigió Victoria, sus dedos enganchándose en la lencería de Harper, deslizándola hacia abajo hasta que la joven quedó completamente desnuda sobre el escritorio.

Victoria se despojó de su propia ropa con una rapidez que delataba su urgencia. Cuando quedó desnuda frente a Harper, la luz del flexo proyectó sombras largas sobre su cuerpo, resaltando cada línea y cada curva. Victoria se metió entre las piernas de Harper, sus muslos rozando los de la joven.

Victoria bajó al suelo, hincando las rodillas sobre la alfombra gastada. Abrió las piernas de Harper, exponiendo su coño empapado y sensible. El olor de la excitación de Harper se mezcló con el aroma del sándalo y la tinta.

—Victoria... —susurró Harper, sus dedos enterrándose en el cabello de la mujer mayor mientras sentía el aliento caliente de Victoria contra su intimidad.

Victoria no esperó. Su lengua trazó el contorno de Harper con una maestría que la hizo temblar. El primer contacto fue suave, exploratorio, pero rápidamente se volvió exigente. La lengua de Victoria era firme, experta, encontrando el ritmo exacto que Harper necesitaba.

Harper cerró los ojos, su cabeza golpeando rítmicamente contra el roble del escritorio. El placer era una ola gigante que amenazaba con ahogarla. Los dedos de Victoria buscaron su entrada, deslizándose dentro de ella con una suavidad que rápidamente fue reemplazada por una presión rítmica y profunda.

—Eso es, nena... déjate ir para mí —murmuró Victoria contra su piel, sus dedos moviéndose con una cadencia implacable, mientras su boca seguía trabajando en su clítoris con una devoción casi religiosa.

Harper se retorcía sobre el escritorio, sus caderas buscando más de aquel contacto abrasador. Sentía que cada nervio de su cuerpo estaba conectado a la boca y a las manos de Victoria. La tensión en su bajo vientre se enrolló como un muelle metálico, apretándose más y más con cada roce de la lengua de Victoria.

El orgasmo la golpeó con una violencia inesperada. Su cuerpo se tensó como un arco, sus piernas se apretaron contra los hombros de Victoria y un grito largo y agudo, que Victoria ahogó con su propia

mano sobre la boca de la joven, escapó de su garganta. Las contracciones la sacudieron en oleadas, dejándola sin aliento, su pecho subiendo y bajando frenéticamente mientras la oficina volvía a quedar en silencio, solo roto por sus respiraciones entrecortadas.

Victoria se puso en pie, sus ojos brillando con un triunfo oscuro. No le dio tiempo a Harper a recuperarse. La agarró por la cintura, la giró sobre el escritorio y la obligó a apoyarse sobre sus manos y rodillas, de espaldas a ella.

El contraste entre la madera fría y la piel ardiente de Harper la hizo jadear. Victoria se presionó contra ella, sus pechos rozando la espalda de la joven. Harper sentía la humedad de Victoria contra sus nalgas, un recordatorio de que la mujer mayor estaba tan necesitada como ella.

Victoria agarró las caderas de Harper con una fuerza dominante, sus dedos hundiéndose en su piel.

—Dime que eres mía, Harper —susurró Victoria en su oído, su aliento caliente erizándole el vello de la nuca—. Dime que no vas a volver a huir.

—Soy tuya... —gimió Harper, su cabeza colgando hacia delante—. Siempre he sido tuya, maldita sea.

Victoria soltó un gruñido de satisfacción. Introdujo dos dedos en Harper desde atrás, su pulgar presionando rítmicamente contra su entrada. El cambio de ángulo hizo que Harper soltara un quejido agudo. Victoria movía su mano con una fuerza y una velocidad que llevaron a Harper de nuevo al borde del abismo en cuestión de segundos.

Con la otra mano, Victoria agarró el cabello de Harper, obligándola a levantar la cabeza. Se inclinó y la besó de nuevo, un beso cargado de saliva y necesidad. Los cuerpos de ambas estaban empapados de sudor, deslizándose el uno contra el otro en una coreografía de pura pasión animal.

—Mírame en el espejo —dijo Victoria, señalando el gran ventanal de la oficina que, por la noche, actuaba como un espejo oscuro contra el cielo de Nueva York.

Harper abrió los ojos y vio sus siluetas reflejadas. Vio a Victoria, imponente, dominante, envuelta en las sombras, y se vio a sí misma, vulnerable y entregada sobre el escritorio. La imagen era de un morbo insoportable.

Victoria aceleró el ritmo. Sus dedos se movían dentro de Harper con una profundidad que la hacía arquear la espalda. Harper sentía que se estaba deshaciendo, que sus huesos se estaban volviendo líquidos bajo el toque de Victoria.

El segundo orgasmo fue aún más intenso que el primero. Harper se derrumbó sobre el escritorio, su rostro contra el roble, mientras Victoria la apretaba contra sí, sus propios gemidos llenando la habitación mientras ella también alcanzaba el clímax, su cuerpo temblando contra el de Harper en una liberación total.

Pasaron varios minutos en los que solo se escuchaba el sonido de sus respiraciones volviendo a la normalidad. Victoria no se apartó. Permaneció abrazada a Harper desde atrás, sus manos acariciando suavemente su vientre, su rostro enterrado en su cabello.

—No voy a volver a dejar que nada ni nadie se interponga entre nosotros —dijo Victoria, su voz firme y llena de una promesa inquebrantable—. Ni Julian, ni la empresa, ni mi propio miedo.

Harper se giró en sus brazos, sentándose en el escritorio, rodeando el cuello de Victoria. Sus ojos se encontraron y, por primera vez, no hubo secretos, ni culpas, ni sombras.

—Te amo, Victoria —dijo Harper, la confesión saliendo de sus labios con una facilidad asombrosa.

Victoria la miró durante un largo segundo, y Harper vio cómo los últimos restos del hielo en su mirada se derretían por completo, dejando paso a una luz cálida y eterna.

—Y yo te amo a ti, Harper Delaney. Más de lo que creía que era capaz de amar a nadie.

Victoria se apartó lo justo para recoger el jersey de Harper del suelo. Se lo entregó y luego empezó a vestirse ella misma con una parsimonia que indicaba que no tenía ninguna prisa por marcharse.

—Mañana saldremos de la ciudad —dijo Victoria mientras se subía la cremallera del vestido—. No a los Hamptons. He comprado una casa en Maine, frente a los acantilados. Un lugar donde nadie nos conozca, donde el único ruido sea el mar y el sonido de tus libros al pasar las páginas.

Harper sonrió, sintiendo una paz profunda inundar su pecho.

—Maine suena perfecto.

Victoria se puso su gabardina de cuero, recuperando su aspecto de elegancia atemporal, pero cuando miró a Harper, su sonrisa era la de una mujer que acababa de ganar la batalla más importante de su vida.

Caminaron juntas hacia la puerta de la oficina. Victoria apagó el flexo, sumiendo la estancia en la luz azulada de la luna de Nueva York. Antes de salir, Harper miró su escritorio. Estaba vacío, con los manuscritos esparcidos por el suelo, pero ya no sentía que su vida fuera un caos.

Victoria le tendió la mano y Harper la tomó, entrelazando sus dedos con fuerza. Salieron del edificio y caminaron por las calles del Soho, dos sombras unidas bajo las luces de la ciudad, dejando atrás la tinta y el fuego para abrazar, por fin, un destino que les pertenecía solo a ellas. Ahora, sin secretos ni culpas, eran dueñas absolutas de su propio camino. El sándalo y la tinta se habían fundido en una sola

esencia: la de una libertad compartida que nada en el mundo podría volver a romper.